

da ventura posible; que Dios sea con vos y os guíe.

Hechas las salvas de ordenanza, los guías desplegaron sus banderas, y cada conductor tomó su carga. Poco tiempo despues, en medio de los gritos y de los cantos, la cabeza de la columna dió vuelta al ángulo occidental del tembé, siguiendo el camino que conduce á Ougorinda.

\*  
\*\*

Dirigiéndome entónces á Shaw, le dije:

—Ahora, amigo mio, es preciso marchar, y os espero; si no podeis andar montad en un asno.

—Dispensadme, Sr. Stanley, pues temo que no podría seguiros.

—¿Por qué?

—No sé; pero me siento muy débil.

—Yo tambien lo estoy, pues hasta ayer no me abandonó la fiebre, como sabeis vos mismo. No retrocedais delante de estos árabes; recordad que perteneceis á la raza blanca.

Y dirigiéndome á Selim, Bombay y Mabrouki, les dije:

—Ayudad á Shaw á que monte en su asno, y marchad junto á él.

Apenas habíamos andado quinientos pasos, el asno salvaje que montaba Shaw, aguijoneado por el astuto Mabrouki, descargó un par de coces, lanzando á su jinete á cuatro pasos de distancia, con tan mala suerte, que cayó en un espino. Los gritos de Shaw me hicieron acudir al punto.

—¿Qué os pasa, pobre compañero? le pregunté. ¿Estais herido?

—¡Oh, misericordia! Os ruego, señor Stanley, que me dejes volver.

—¿Cómo, sólo por esta caída? Vaya, un poco de valor, pues me sería muy penoso tener que decir que habíais retrocedido. No hay ninguno que al dejar un sitio agradable no sienta alguna tristeza. Vol-

ved á montar en vuestro asno, amigo mio, y tened un poco más de energía.

\*  
\*\*

Hora y media despues de nuestra salida del pueblo, estábamos en Mkoucukoué, país natal de Manganga, nuestro alegre cantor.

Depositáronse los fardos en una de las casas del pueblo, y se levantó mi tienda; la mitad de mis hombres volvieron otra vez á Kouihara á fin de abrazar una vez más á sus mujeres ó á sus prometidas.

Hácia la entrada de la noche me sentí acometido de nuevo por la fiebre; pero cesó el ataque antes de rayar el día, aunque dejándome muy débil.

Al salir por la mañana para llamar á mis hombres, faltaban más de veinte; Keif-Halek, individuo de la caravana de Livingstone, encargado de los despachos del doctor, no había parecido aún.

Escogí algunos servidores entre los más fieles y robustos, y les mandé á buscar á los ausentes. Además mandé á pedir á Ben Nasib una larga cadena para esclavos.

\*  
\*\*

Por la tarde presentáronme nueve de los culpables, no habiéndose encontrado á los otros, y al mismo tiempo me entregó Selim una fuerte cadena con una docena de argollas: Keif-Halek llegó con los despachos que debía dar á Livingstone.

Reuní á mi gente, y enseñándoles la cadena, les dije:

—Soy el primer viajero blanco que ha llevado este objeto en sus bagajes. Los buenos no deben temer nada; esta cadena no es más que para los ladrones, que despues de percibir una parte de su salario huyen con su carga, su fusil y sus



municiones; de hoy en adelante, si cualquiera llega á desertar, me detendré el tiempo necesario para que lo busquen, y se le encadenará hasta el término del viaje. ¿Habeis oído todos?

—¡Sí, amo nuestro!

Recogióse la tienda á las seis de la tarde, y emprendimos la marcha hácia Inesouka, á cuyo punto llegamos despues de una jornada de dos horas. Al día siguiente, cuandollegó el momento de marchar, faltaban dos hombres, Asmani y Kingarou, Baraka y Bombay salieron en su persecución, conórden de no volver sin ellos, y nosotros pasamos el día en el pueblo, más bien por complacer á Shaw que por otro motivo.

Por la noche llegaron los desertores; era la tercera vez que Kingarou se escapaba, y por lo tanto era imposible el perdón, despues de dar algunos palos á los culpables, se les puso en la cadena, segun lo prevenido, recompensando á Baraka y Bombay con dos metros de tela de primera clase.

\*  
\* \*

Al día siguiente desapareció otro conductor con su fusil y treinta metros de algodón, queera el precio de su contrato.

Kaugera, á donde llegamos por la tarde, estaba de fiesta: los ausentes acababan de llegar de la costa, y era de ver como las mujeres, los ancianos y los niños rodeaban á los viajeros con muestra de admiración. En cambio de tan buena acogida, referían ellos historias maravillosas sobre lo que habían visto á orillas del mar en Zanzibar, haciendo especial mención de los grandes buques, de los hombres blancos, de los peligros que habían corrido, y, en una palabra de todos los incidentes del viaje.

Levantamos el campamento el día 24; á las tres horas de marcha dimos vista á

un frondoso bosque, y á poco despues llegamos á Kigandou. En el momento en que nos deteníamos delante de este pueblo, gobernado por la hija de Mkasihoua, se me advirtió que para entrar era preciso satisfacer el tributo; pero no habiéndome conformado, nos retiramos á una milla del burgo, á un campo infestado por las ratas, hasta donde nos persiguieron las invectivas de los iudíjenas, quienes nos acusaban de huir cobardemente de la guerra, abandonando á Mkasihoua en la hora del peligro.

\*  
\* \*

Al tocar en la empalizada de aquel campo, Shaw quiso echar pié á tierra, perdió los estribos y cayó: esta pantomina comenzaba ya á ser demasiado frecuente, y al ver que mis gentes se precipitaban para levantarle, díles órden de no ocuparse de él. El insensato permaneció en la misma postura en que cayó, expuesto á los rayos del sol, y cuando al cabo de una hora le pregunté si le era cómoda aquella posición, concluyó por sentarse y comenzar á llorar como un niño.

—¿Quereis volver á Kouihara? le pregunté.

—¡Oh, sí, os lo suplico! No podría ir ya más léjos.

—Está bien; he llegado á creer que será mejor para todos nosotros, pues ya habeis apurado mi paciencia. Se os ha metido en la cabeza que no podreis hacer el viaje, y sería imposible disuadiros; pero pesad bien mis palabras; si volveis allá os costará la vida. ¿Quién os cuidará si enfermais? Hoy no os falta la salud: lo que teneis es hipocondria; pero si se apodera de vos la fiebre y el delirio, nadie sabrá curaros; os lo repito, Shaw, si volveis sois hombre muerto.

—¡Oh, desgraciado de mí! ¡Cuánto siento haber tomado parte en esta expedición!



¡Yo creía que el África era muy distinta de lo que es! De todos modos, os ruego, señor, que me dejéis marchar.

El día siguiente se empleó en hacer los preparativos que exigía la marcha de Shaw. Construyóse una fuerte camilla y se alquilaron cuatro hombres vigorosos en Kigandou para que llevaran al enfermo. Mandé amasar pan; díle una buena provisión de té y un cabrito asado para que comiera durante el camino.

\*  
\*\*

Aquella noche la pasamos juntos. Shaw tomó un acordeón que le había regalado en Zanzibar, y tocó diferentes aires en aquel pobre instrumento. No obstante, los cantos sencillos y familiares que le oí entonar me hicieron el efecto de celestiales armonías, y cuando por fin terminó la canción *¡Oh país natal, dulce país!* nuestros corazones enmudecieron á la par.

El 27 nos levantamos muy temprano; reinaba entre nosotros una actividad poco acostumbrada, porque la marcha debería ser muy penosa; pero atrás quedaban todos los enfermos. Mabrak Selim quedaba confiado á un doctor indígena que se comprometía á cuidarle á cambio de algunos metros de tela, pagados de antemano. No iban conmigo sino los sanos y robustos, los que podían andar con ligereza y mucho tiempo.

La trompa anunció por fin la hora de marcha. Shaw se echó en su camilla, que levantaron los conductores; mis gentes formaron dos filas con banderas desplegadas, y entre aquella doble línea pasó el hombre á quien tantas atenciones había dispensado, y que no tuvo corazón para seguirme hasta el fin. Los conductores se dirigieron hácia el Norte y yo hácia el Sur, con paso ligero y con la tranquilidad del que se quita un peso de encima.

\*  
\*\*

El 29 llegamos á Kikouron: habíamos caminado, como la víspera, sobre un suelo agrietado, donde había numerosos árboles enanos, sobre los que se elevan infinitos hormigueros hechos con tierra amarilla.

Escápase de aquella tierra reseca, de aquella vegetación muerta, un veneno sutil que penetra, no ménos peligroso que el que se aspira, según dicen, á la sombra del upas. Los primeros efectos de este veneno, llamado la malaria, se producen en las entrañas, donde quedan por el pronto confinados; despues invade al paciente una languidez opresiva, una soñolencia irresistible, una tendencia continua á bostezar. La lengua adquiere un color enfermizo, casi negro, con un tinte amarillento; los dientes tambien se vuelven amarillos, cubriéndose de una sustancia nauseabunda; los ojos despiden un brillo singular, y se llenan de agua. Cuando se declaran estos síntomas comienza la fiebre, y no tarda en desencadenarse, consumiendo el cuerpo del infeliz con quien se ceba.

A veces va precedida esta fiebre de un fuerte estremecimiento; miéntras dura, aunque se amontonen mantas sobre el enfermo, no se conseguirá disminuir en lo más mínimo el frio mortal que le sobrecoge. Sigue despues un dolor de cabeza de una intensidad extraordinaria, y también uno muy agudo en los riñones; pasa luego á la columna vertebral extendiéndose en los hombros, se apodera del cuello, y fíjase definitivamente en la frente y en el occipucio. Entiéndase que hablo por lo que he pasado yo mismo, pues tengo presente todas las fases de la crisis.

\*  
\*\*

El 1.º de Octubre prosiguiendo siempre nuestro camino al sur-sudoeste, llegamos al borde de un ancho estanque; cer-



ca de la orilla, bajo un árbol magnífico, había un gran espacio medio abrasado, que en menos de una hora se transformó en un magnífico campamento. El árbol era una higuera-sicomoro, denominado el gigante de los bosques de Ounyamonezi: jamás había visto otro tan hermoso; medía treinta y ocho piés de circunferencia; hubiera bastado para que se albergase debajo todo un regimiento, y su sombra abarcaba un espacio de ciento veinte piés de diámetro.

La salud y el vigor, que había vuelto á recobrar, me permitieron que admirase todo cuanto me rodeaba: experimentaba un sentimiento de bienestar y de satisfacción que no había conocido en Kouihara donde me hacía padecer la inacción; hablaba con mis gentes como si fueran mis iguales, y discutíamos todos amistosamente sobre las eventualidades del viaje.

\*  
\* \*

Terminado el trabajo del día, y viéndonos completamente seguros en nuestro campamento, cada cual sacó su pipa, satisfecho de haber cumplido con su deber, y se preparó al descanso.

El día 2 de Octubre, estábamos ya en camino para Manyera: la jornada fué de seis horas y media, y en extremo fatigosa, pues el ardor del sol era excesivo, si bien los árboles del bosque nos protegían mucho con su sombra. El sendero presentaba un terreno rojizo y duro, sin obstáculos; la marcha era fácil; pero nos acosaba la tsetzé, que abunda mucho en aquellos parajes. Con frecuencia hallábamos un esqueleto ó un cráneo en el borde del sendero; de tal modo, que apenas pasaba un día en que no se viese algún resto humano.

Después de larga marcha sobre la arena abrasada, llegamos á los campos de Manyera: pudimos acercarnos á la puer-

ta del pueblo, pero se nos prohibió la entrada, pues como había guerra por todas partes, los habitantes no querían admitir dentro de sus muros á ninguna caravana extranjera. Nos enviaron á una especie de campo situado cerca de unos estanques, cuya agua era buena; pero el recinto no contenía más que media docena de chozas ruinosas, nada cómodas para gente fatigada.

Cuando se hubieron reparado las chozas, dí alguna tela al guía y le envíe al pueblo para que hiciera algunas compras, pues teníamos en perspectiva nueve días de marcha por un país desierto, y necesitábamos indispensablemente provisiones. Por toda respuesta dijeron al guía que se había prohibido terminantemente la venta de granos, y el hombre volvió con las manos vacías.

\*  
\* \*

El caso era grave: enviar á Kikourou no me pareció conveniente, porque de este modo deberíamos permanecer varios días; mejor era valerse de un poco de diplomacia, y por lo tanto elegí algunas telas mejores y se las entregué á Bombay para que las llevara al jefe, ofreciéndole amistosos afectos del Mousoungou. El jefe no quiso admitir tampoco lo que le llevaban la segunda vez, y contestó que le dejaran en paz.

No había medio de convencerle; Bombay perdió inútilmente su elocuencia, y mis gentes, sin ocultar su mal humor, hubieron de entregarse al descanso.

Entonces me acordé de los discursos de un tal Njara, amigo de Ben-Nasib: «¡Ah! bana, bana, me decía, los obstáculos serán más fuertes que vos; creedlo, no pasareis. Los Vouamanyara son malos, y más aún los Vouakononga y los Vouazavira; malo es viajar cuando el país está en guerra.



Por la mañana muy temprano envié á Bombay con cuatro mantos de gran precio, ocho metros de lienzo de algodón y muchos cumplidos de mi parte para el jefe, pues era necesaria una gran dosis de política con un hombre tan arisco como Ma-Manyera, y demasiado poderoso para tenerle por enemigo.

\*  
\* \*

Mi esplendidez no tardó, por fortuna, en producir su efecto; la cabo de una hora ví llegar á una docena de habitantes del pueblo que llevaban sobre ssu cabezas cajas llenas de sorgho, de arroz, de maíz y de habichuelas, y poco después apareció el jefe mismo, acompañado de treinta tiradores y de veinte lanzas. Traían de regalo aves, cabras, miel y una cantidad de grano suficiente para alimentar á mis gentes durante cuatro días. El valor de los artículos los compensaba con creces el de mis géneros.

Fuí á recibir el jefe á la puerta del campamento, y le invité á que entrase en mi tienda, la cual había arreglado con todo el lujo que podía disponer; mi tapiz de Persia y mi piel de oso estaban extendidos, y mi cama cubierta con un paño encarnado.

Rogué á Ma-Manyera, así como á los otros oficiales que le acompañaban, que tomaran asiento: todos me contemplaban con un asombro inexplicable; mi rostro, mi traje, todo, en fin, cuanto me rodeaba, les había dejado agradablemente estupefactos. Miráronse unos á otros, y prorrumpieron en carcajadas, haciendo castañetear los dedos varias veces. Maganga mi intérprete, fué el encargado de manifestar al jefe cuánta satisfacción me causaba su visita.

\*  
\* \*

Pasados algunos minutos, que empleamos en el cambio de cumplidos, lo que no impidió continuaran las carcajadas, Ma-Manyera manifestó el deseo de ver mis armas. La carabina de diez y seis tiros fué objeto de observaciones á cual más lisonjeras; la belleza de los revolvers y su exquisito trabajo, que pareció una maravilla á todos aquellos hombres admirados, inspiraron al jefe elogios elocuentísimos, y creí necesario continuar la exposición. Los fusiles de gran calibre, disparados con doble carga de pólvora, hicieron brincar á mis visitantes; pero volvieron luego á sentarse, riendo convulsivamente.

En medio de la admiración general, expliqué la diferencia que había entre los árabes y los blancos, y despues abrí la caja de medicamentos. Entónces el asombro rayó en éxtasis, y llegó á tal punto, que creí que iban á volverse locos.

El jefe preguntó de qué servían aquellas botellitas, cuya trasparencia y arreglo le producían, así como á sus oficiales, suspiros de admiración.

—¡Dohoua, contesté sencillamente, dohoua! palabra que significa todo lo concerniente al arte de curar; y ya se recordará que medicina quiere decir magia.

—¡Oh, oh, oh! exclamaron mis admiradores.

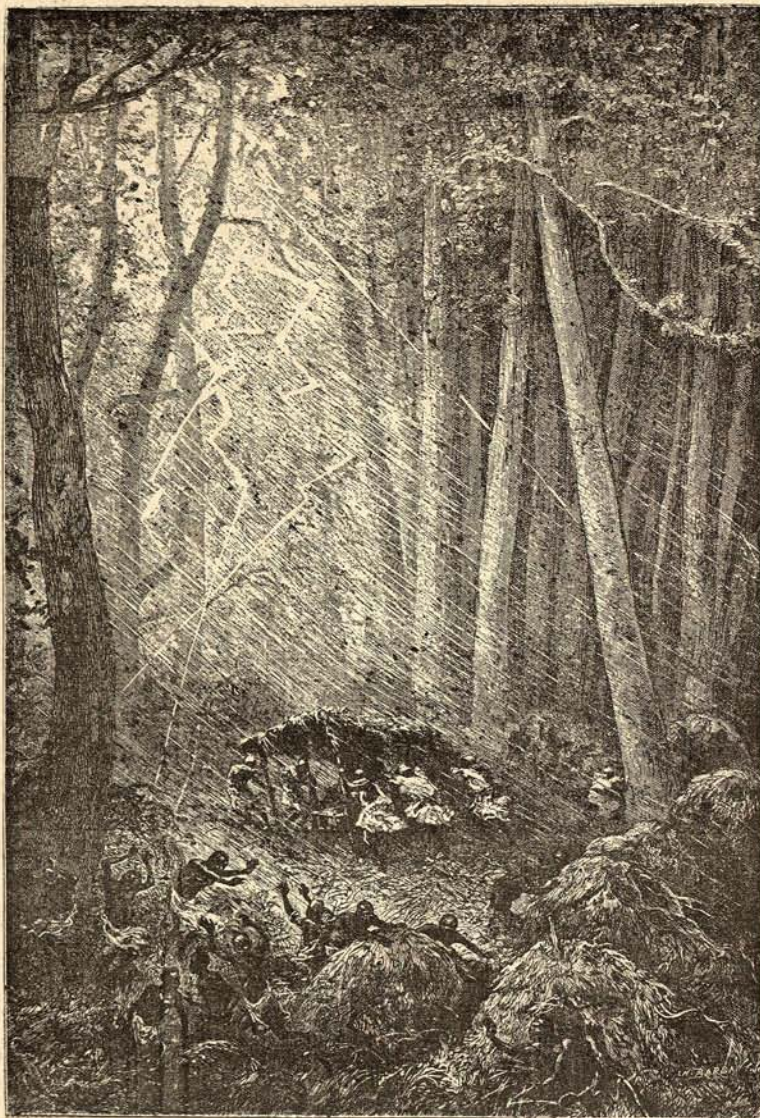
\*  
\* \*

Decididamente tenía yo sobre los árabes de más mérito una superioridad inmensa.

—Hé aquí, dije, tomando un frasco de aguardiente medicinal, el verdadero pombe, ó la cerveza de los blancos. Y poniendo unas gotas en una cuchara, se las presenté al jefe.

—¡Hacht, hacht! ¡Qué cerveza más fuerte beben los blancos! ¡Oh, se me abrasa la garganta!





#### Á CUBIERTO

—Sí, contesté yo; pero es muy bueno; con un poco de este licor pueden ser los hombres fuertes y generosos, si bien es verdad que una fuerte dosis los vuelve malos, y que si toman demasiado pueden morir.

—Dadme un poco, dijo uno de los jefes.

—A mí también.

—A mí también.

Todos pidieron, y satisfice sus deseos. Tomando después un frasco de amoníaco, añadí:

—Esto es para curar el dolor de cabeza y la mordedura de las serpientes.



Al oír esto, comenzó el jefe á quejarse de un fuerte dolor de cabeza, sólo por el gusto de probar aquella droga. Díjele que cerrara los ojos, y le apliqué el frasco debajo de la nariz. El resultado fué mágico, el curioso cayó de espaldas, como herido del rayo, haciendo unos gestos indescriptibles.

\*  
\* \*

En cuanto á los oficiales, no parecían ya tranquilos; no sosegaban; lanzaban ya verdaderos rugidos, pellizcándose unos á otros, daban ruidosas palmadas, castañeteaban los dedos y hacían mil gestos estrambóticos. Semejante escena, en uno de nuestros teatros, habría hecho desternillar de risa á todo el público.

Ma-Manyera se levantó al fin; habíase reído tanto, que le corrían lágrimas por las megillas.

Ya no quiso saber más; pero sus oficiales manifestaron deseos de oler tambien el frasco, y segun lo iban haciendo se renovaron las carcajadas.

Toda la mañana se pasó con aquella visita régia, de la que se quedaron todos maravillados.

Al marcharse iba diciendo Ma-Manyera:

—¡Oh! estos blancos saben todo cuanto hay que saber en el mundo; los árabes son una miseria á su lado.

El día 4 emprendimos la marcha en dirección al Gombé, que dista cuatro horas y cuarto de Manyera. Apénas salimos de los campos, donde ondulaban las espigas, vimos una magnífica manada de cabras.

\*  
\* \*

Dos horas despues penetramos en un parque inmenso. Aquel era uno de los más espléndidos paisajes que había visto

en África; desde la cima de las eminencias que accidentaban las llanuras, divisábanse manadas de búfalos, de cabras, de girafas y de antílopes, que hicieron bullir la sangre en mis venas.

Desfilamos silenciosamente por aquel eden para llegar al Gombé, cuyas aguas perezosas corren por aquel sitio, y cerca del cual debíamos hacer alto.

Apenas se hubo elegido el espacio más conveniente para formar el campamento, empuñé mi carabina de dos cañones para ir á recorrer aquellos parajes. Al salir de una espesura ví tres antílopes muy gordos que pacían á un centenar de pasos: al momento puse una rodilla en tierra, tomé la puntería y disparé. Uno de los tres animales dió un salto perpendicular y cayó muerto; los otros dos huyeron dando enormes saltos y rebotando en el suelo como pelotas; y de tal modo, que á los pocos segundos desaparecieron de mi vista.

Durante los tres días que estuvimos en aquellos parajes, se mataron dos búfalos, dos jabalíes, tres camas, una cebrá, tres abutardas, ocho pintadas, un pelícano y dos águilas, sin contar los antílopes.

Dispuse que ahumaran la mayor parte de la carne, pues así podríamos arrostrar sin temor el desierto, y el 7 de Octubre dí orden de levantar el campo, con gran sentimiento de mis hombres.

Partieron todos no obstante, si bien con repugnancia: yo me quedé un poco atrás para avivar el paso de los morosos; pero al cabo de media hora observé, con poca extrañeza, que estaba descansando la caravana; los bagajes yacían por tierra, y los hombres, reunidos por grupos, hablaban entre sí, gesticulando con aire irritado.

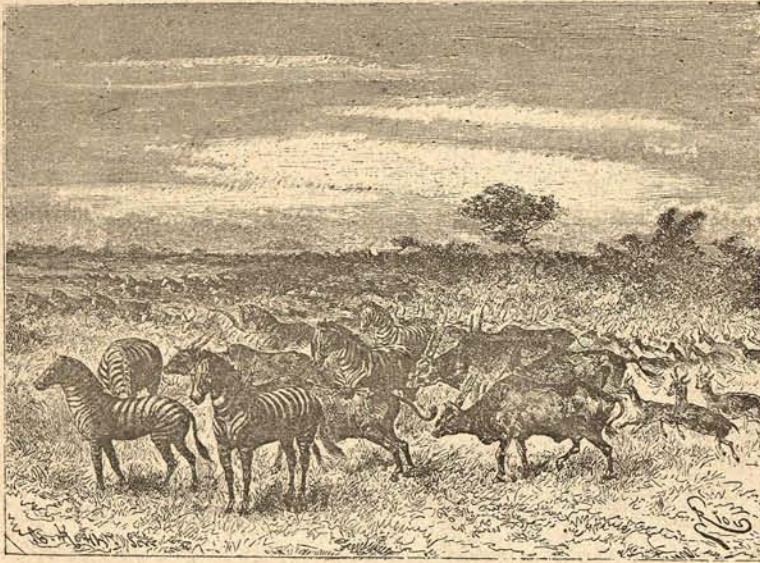
\*  
\* \*



Tomando mi carabina de manos de Selim, introduje dos cargas de plomo, ajusté mis revolvers, y fuíme derecho á los descontentos: por su parte ellos habían cogido sus armas, y dos de ellos, cuyas cabezas asomaban por encima de un hormiguero, dirigían el cañon por donde yo

debía pasar; el uno era Asmani y el otro Mabrouki, que habían sido antes guías del jeque Ben-Nasib.

Sin vacilar un momento, incliné la carabina y apunté á los dos, amenazándoles con la muerte si no venían al momento á explicarse. Comprendiendo que sería pe-



HUYENDO DEL PELIGRO

ligoso para ambos no moverse, abandonaron al momento el sitio.

Asmani avanzó de lado, simulando una sonrisa, pero sus ojos lanzaron una sombría mirada de muerte; el otro se deslizó por detras de mí y echó pólvora en su mosquete; volvíme rápidamente, y toqué casi su rostro con el cañon de mi carabina; el arma se le cayó de las manos; rechacélo con la mía, y lo hice rodar á diez pasos de distancia. Entónces, encarándome con Asmani, el hombre gigantesco, le mandé que dejara la suya, y al decirselo levanté la carabina y puse el dedo en el gatillo: jamás he visto un hombre en mayor peligro de muerte.

Me repugnaba verter sangre, y lo deseaba evitar; pero si no dominaba á aquel hombre, si no conseguía humillarle, podía desde luego contar perdida mi autoridad. El único medio de obligarles á marchar era darles una prueba de fuerza irresistible; aunque se emplease contra ellos, mi energía debía obligarles, y era preciso que se reconociera mi poder, aunque me viera precisado á castigar la insubordinación con la muerte.

Léjos de obedecerme, Asmani levantó el brazo para apuntar su fusil; era llegada su última hora, sólo un segundo le separaba de la muerte, cuando de pronto deslizóse Mabrouki por la espalda de su



compañero, dió un salto, y arrancándole el arma gritó con horror:

—¡Desgraciado! ¿Osas apuntar á tu amo?

Y echándose luego á mis piés, Mabrouki me suplicó que no le castigara.

\*  
\*\*

—Todo ha concluido, exclamó; iremos al lago para buscar al anciano Mousoungou. ¡Responded, hombres libres! ¿No es verdad que ireis todos al Tanganika sin quejaros? Decidlo así al amo á una sola voz.

—¡Aí Ouallah, aí Ouallah! banayango. Si por Alá, sí por Alá! No hay más palabras, exclamaron todos á la vez.

—Pide perdón ó véte, añadió el orador dirigiéndose á Asmani.

El gigante obedeció á satisfacción de todos.

Debía perdonar, y así lo hice, exceptuando á Bombay y Ambari, los instigadores de la rebelión.

Si Bombay, en su calidad de jefe, hubiera reprimido desde el principio toda expresión de mal humor, no hubiera llegado la cosa á tal extremo; pero desgraciadamente, como llevo dicho, era el mas opuesto á la marcha, no ciertamente por cobardía, sino que para él no había mas Dios que su estómago. Tomando, pues, una lanza, apliqué el mango sobre las espaldas del capitán; salté luego sobre Ambari, cuya expresión irónica cambió de pronto, y sujeté á los dos á la cadena, advirtiéndoles que no se les soltaría hasta que pidieran perdón. Por último, aconsejé á Asmani y á su inseparable compañero Mabrouki que no reincidiesen, sino querían recibir el género de muerte de que acababan de escapar.

\*  
\*\*

Ya que de mis hombres hablo, voy á bosquejar ligeramente la historia de aquellos que más figurarán en estas páginas.

Estos personajes son, segun el puesto que ocupan en la caravana: el capitán Bombay, Mabrouki-Speke, el guía Asmani, Choupereh, Oulimengo, Khamisi, Ambari, Djoumah, Ferrajji, Maganga, Selim y Kaloulou.

Bombay debe á los escritos de Burtón, de Speke y de Grant una magnífica reputación: estos señores le dieron excelentes certificados; pero yo no podría hacer lo mismo; como criado particular, sin mas obligación que la de servir á su amo, hubiera sido irreprochable; pero como capitán de caravana, no servía. Tenía demasiadas preocupaciones, y era muy inquieto: algunos días lo hacía todo aturdidamente; daba una orden olvidándose al momento; perdía ó rompía todos los objetos confiados á su custodia.

Mabrouki cabeza de toro, segun le llama Burtón, ó Mabrouki-Speke, segun le llamo para diferenciarle de los otros Mabroukis de la caravana, vale mas que su reputación.

Asmani, el gigante de hombros hercúleos y guía y fundi á la vez, es cazador y muy supersticioso; tiene mucho aprecio á su carabina y á cierta cuerda trenzada impregnada en la sangre de todos los animales que ha matado desde que caza. Le inspiran mucho miedo los leones, fuera de ellos, todos los animales son para él buena presa. En sus lábios se ve siempre la sonrisa, no graciosa ni benévola, sino falsa, humilde y traidora. Asmani sería capaz de cortar el cuello á un hombre sin cesar de sonreirse.

Choupereh, mocetón vigoroso de unos treinta años, se distingue por su buen natural y carácter jocosos. Cuando habla y se le ocurre algun chiste, excita la risa de todos sus compañeros. Jamás he dis-



putado con él; una buena palabra basta para que se exceda á sí mismo; es el mas fuerte, el de mas robusta salud, el mas amable y fiel de todos mis hombres; el tipo completo del buen compañero.

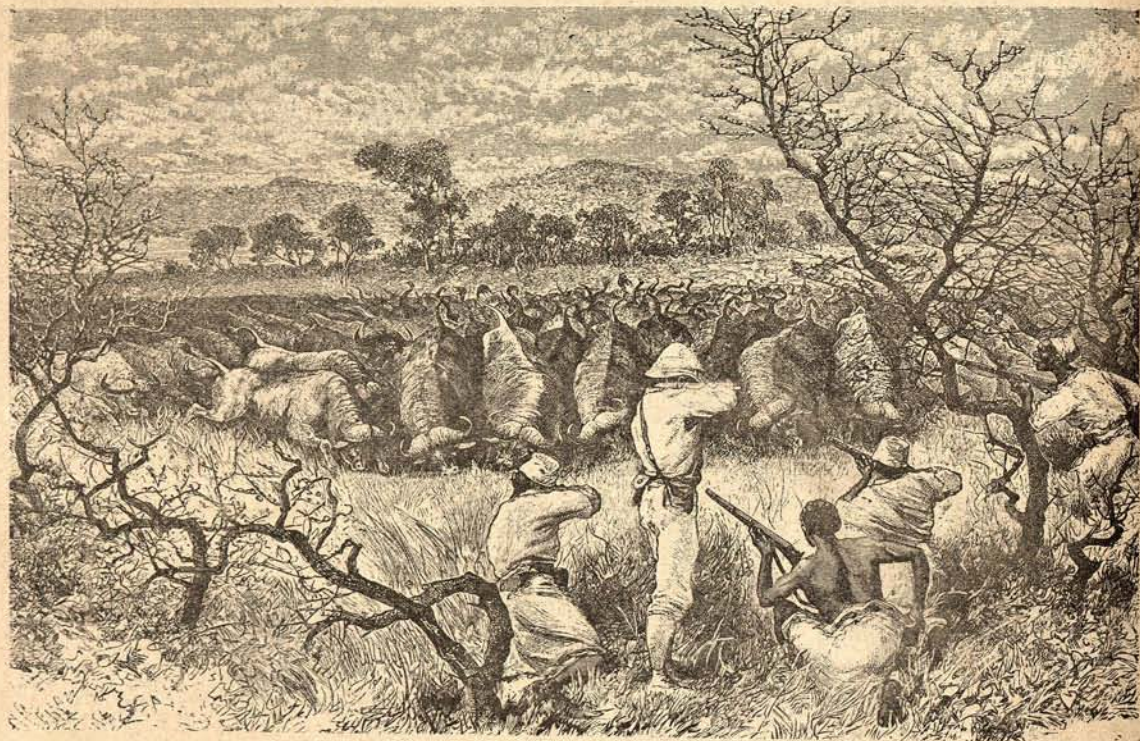
Khamisi, jóven de veinte años, cuida mucho de su persona, es muy activo; pero jactancioso, á la vez que en extremo cobarde.

Ambari debe tener unos cuarenta años, era uno de los fieles de Speke, y no me hubiera abandonado sino frente á un

enemigo temible. No le falta capacidad.

Djumah era el que mas injurias recibía de sus compañeros, porque les molestaba con sus rarezas de viejo. Mostrábase conmigo deseoso de complacerme.

Oulimengo era el mas locuaz de todos; mozo de treinta años, alto, robusto y muy aturdido, y tan cobarde como fanfarrón, aunque muy amigo de los placeres, no le arredraba el trabajo, mostrábase alegre hasta en los días de mas fatiga. Con cien como él hubiera atravesado



LA CAZA DEL BÚFALO

toda el Africa, aunque con la condición de no tener que batirse.

Ferrajji, el antiguo pinche de cocina de Speke, era un jóven de recursos, que siempre encontraba medio para salir del paso en sus pequeños servicios. Si le pedía un plato y tenía señal de grasa ó

de humo, le frotaba con el dedo, creyendo que esto bastaba, si le devolvía una cuchara por estar súcia, creía que con saliva y la punta del mandil tenía lo suficiente para estar limpia y en disposición de servir.

Maganga es un Muyamoney, natural



de Mkouenkoué, muy robusto, servidor fiel, excelente pagazi y de buen carácter. El era quien siempre comenzaba los cantos, haciendo renacer la alegría de todos, que formaban coro siguiendo á su compañero, coro salvaje que resonaba á lo léjos en el bosque, atemorizando á los habitantes.

Al acercarnos á un pueblo, y para saber si la población sería contrária, Maganga empezaba á cantar: si eran hostiles ó tímidos, cerrábanse las puertas de pronto y nos amenazaban desde los muros; si por el contrario eran amigos, salían á nuestro encuentro dirigiéndonos palabras amistosas.

\*  
\* \*

Despues de mi persona, el individuo mas importante era Selim, el jóven árabe

cristiano que me acompañaba desde Jerusalem. Sin él no habría podido entenderme con los árabes que encontré en el camino, y tambien á él debí la benevolencia con que me trataron.

Fué educado por el obispo Golat, y honra á su maestro: si todos los discípulos del buen obispo salen tan aprovechados, será digno de felicitaciones.

Había entrado á mi servicio en Enero de 1870, desde cuya época no me abandonó nunca; atravesamos juntos la Rusia meridional, el Cáucaso y la Persia. ¡Buen Selim! fiel y cariñoso hasta la muerte, sin miedo y sin tacha. El me salvó en Mfouto, y al elogiarle no puedo hacerlo tanto cual desearían mis sentimientos de gratitud.

Esta es, si bien bosquejada rápidamente, la historia de los principales hombres que formaban mi caravana.



## CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

HERMOSA MAÑANA.—¡HURRAH TANGANIKA!—VALLE DEL LIOUKE.—LLEGADA.—SALUDO.—SOUZI, CRIADO DE LIVINGSTONE.—SELIM VE AL DOCTOR.—EMOCIÓN Y DIGNIDAD.—DEBAJO DEL VERANDAH.—LA SILLA DE LIVINGSTONE.—CONFERENCIA.—CONTEMPLACIÓN.—RELATO.—DESPACHOS.—REVISTA.—REGALOS.—COMIDA.—EL APETITO DE LIVINGSTONE.—VINO DE SILLERY.—LA COCINERA DEL DOCTOR.—DESPIERTO EN MI NUEVO ALOJAMIENTO.—NOTICIAS CONTENIDAS EN LAS CARTAS.—ALMUERZO.—REINA LA CONFIANZA.—DIAS TRANQUILOS.—FALTA DE RECURSOS.—PROYECTO DE EXCURSIÓN.—HIPÓTESIS GEOGRÁFICA.—LO QUE ES LIVINGSTONE.—SUS NOTAS.—SU CARÁCTER.—EL APRECIO QUE TODOS LE PROFESAN.—PROYECTOS DE MARCHA.



NOVIEMBRE, 10, de 1872.—Hoy hace doscientos treinta y seis días que salí de Bagamoyo y cincuenta y uno del Ouyanyembé.

Para llegar al Oujiji necesitamos ya sólo seis horas de marcha. El tiempo es magnífico; la mañana hermosa, el aire fresco; el cielo parece sonreírnos; el verdor de los bosques me parece más precioso; el agua del Moukti, corriendo entre las dos franjas de esmeralda que bordean sus orillas, parece invitarnos á pasar con su dulce murmullo.

Por fin vemos á lo lejos como un resplandor entre los árboles; en nuestro frente se levanta la cadena del Oukoma y del Oukaramba como una muralla negra con matices azulados; más allá se extiende una inmensa sábana plateada, rodeada de montañas y de bosques de palmeras.

¡Hurra, Tanganika! exclamo al contemplar aquel espectáculo.

Todos mis hombres repiten aquel gri-

to, cuyo eco repiten los bosques y colinas.

—¿Fué desde allí desde donde descubrieron Burtón y Speke el lago? pregunté á Bombay.

—No me acuerdo, señor, pero de todos modos, sería en estos alrededores.

—¡Pobres viajeros! El uno estaba ya medio paralítico y el otro casi ciego cuando llegaron á este lugar.

\*  
\*\*

Bajando de la escarpadura, vimos ante nosotros el valle Liouke; á eso de las once atravesamos un vado y á poco estábamos ya en medio de los jardines del Oujiji, maravillas verdaderas de la vegetación. Demasiado conmovido no pude fijarme en los detalles y sólo ví graciosas palmeras, fértiles terrenos cubiertos de legumbres, y pequeños pueblos, únicamente protegidos por frágiles empalizadas de cañas.



Como temía que llegase á Oujiji la noticia de nuestra presencia antes que nosotros, redoblé el paso.

Después de un corto descanso á la orilla de un arroyuelo, franqueamos la vertiente de una cadena de peladas rocas, lo que nos impedía ver el lago en toda su inmensidad.

Poco después llegamos á la cima, ganando la pendiente occidental; el pueblo de Oujiji dista sólo unos quinientos metros, se divisa en medio de un verde bosquecillo.

Todo se ha olvidado ya, las selvas, las montañas sin número, las espinas que nos ensangrentaban, las áridas llanuras que quemaban nuestros piés, el cielo enrojecido, los pantanos, los desiertos, el hambre, la sed, la fiebre, todo esto se ha vencido; nuestro sueño se ha realizado.

—Desplegad la bandera, grito á mis gentes: cargad vuestras armas.

—¡Aí, Ouallah, aí, Ouallah bana! contestan todos.

—¡Una, dos, tres!...

Resuena entonces una descarga cuyo eco se prolonga hasta el pueblo vecino.

\*  
\*\*

—¡Kiragouzi! grito al guía, desplegad la bandera del hombre blanco; que á la retaguardia flote la de Zanzíbar; estrechad las filas y continuad las descargas, hasta llegar á la casa del anciano Mousougou.

Me habeis dicho que deseabais probar los peces del Tanganika y la cerveza; un espléndido banquete nos está esperando ¡adelante pues!

No habíamos recorrido doscientos metros, cuando la multitud se agolpaba á nuestro paso, comprendiendo, al ver nuestras banderas, que se trataba de una caravana; mas al fijarse en las estrellas

de la mía, agitada continuamente por Asmani, que sonreía como siempre, se producía cierta incertidumbre, porque era la primera vez que se dejaba ver en aquel país. Los naturales de Zanzíbar que había entre los espectadores, la reconocieron sin duda, por haberla visto en el consulado y en los buques; y sus gritos de ¡Bindera Kisoungou! (la bandera de un blanco) y ¡Bindera merikani! (la bandera americana) esclarecieron todas las dudas.

Las gentes de las tres provincias, zanzibaritas, indígenas y árabes, nos rodearon, aturdiéndonos con sus ¡Yambo bana, yambo bana!

Trescientos metros nos separan todavía del pueblo: la muchedumbre aumenta; todos se oprimen á mi alrededor; de pronto oigo pronunciar á mi derecha en muy buen inglés las palabras siguientes:

\*  
\*\*

—Buenos dias, caballero.

Me vuelo rápidamente para buscar al que ha dicho aquello, y veo el rostro de un apuesto negro, que viste un ropaje blanco, cubriendo su lozana cabeza con un turbante del mismo color.

—¿Quién sois? le pregunto.

—Me llamo Souzi; y soy el criado de Livingstone, contestó con una sonrisa que me dejó ver una doble hilera de blancos y magníficos dientes.

—¿Está el doctor aquí?

—Sí señor.

—¿En el pueblo?

—Sí señor.

—¿Estáis bien seguro?

—Tanto que me acabo de separar en este momento de él.

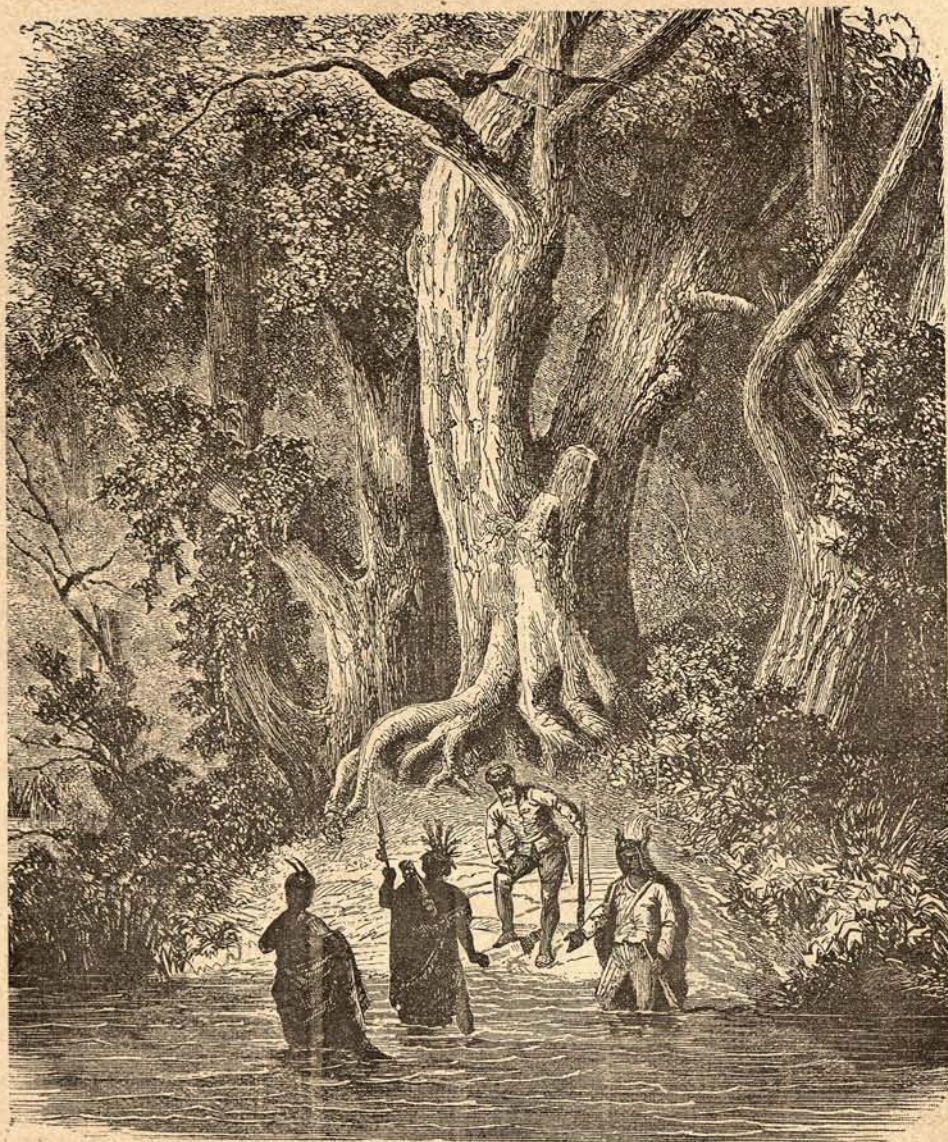
—Buenos días, dijo otra voz á mi lado.

—¡Uno más! exclamé.

—Sí, caballero.

—¿Cómo os llamais?





## PASO POR EL RÍO

—Chumah.  
 —¿El amigo de Vomkotani?  
 —Sí, caballero.  
 —¿Está bueno el doctor?  
 —No señor.  
 —¿Donde ha estado tanto tiempo?  
 —En el Mayuna.

—Souzi, hacedme el favor de anunciar mi presencia á vuestro amo.

—Voy á serviros al momento, me contestó alejándose rápidamente.

\*  
 \* \*



Aún estábamos á doscientos pasos del pueblo; la multitud nos impedía adelantar: los árabes apartaban á los indígenas para venir á saludarme, pues me consideraban como de los suyos.

La primera pregunta que me hacían todos era:

—¿Cómo habeis podido pasar? Al contestarles quedaban sorprendidos.

Souzi volvió corriendo para preguntarme mi nombre, porque el doctor se resistía á creer que yo estuviese allí.

Pero durante las carreras de Souzi se extendió la noticia de aquella caravana, cuyos fusiles producían tanto estrépito era realmente la de un blanco; poco después, los árabes más conocidos del pueblo, Mahommed ben Seli, Seid ben Medjid, Mahommed ben Gherib y otros varios, se reunieron delante de la morada de Livingstone quien salió para hablar con ellos del acontecimiento.

Entre tanto llegó la caravana, con el guía á la cabeza, que levantaba su bandera cuanto lo era posible.

—Ya veo al doctor, me dijo Selim; ¡qué envejecido está!

No sé que hubiera dado en aquel momento por estar en algun sitio solitario para hacer cualquier locura, para dar volteretas y hacer cualquiera cosa que me desahogara, porque la alegría me ahogaba. Parecía que el corazón quería saltárseme del pecho; pero procuré que nada revelase mi semblante, para conservar la dignidad de mi raza.

\*  
\*\*

Una vez tomado mi partido, separé á la multitud y me dirigí entre dos hilas de curiosos hácia el semicírculo formado por los árabes, ante el cual estaba en pie el hombre de la barba gris.

Mientras avanzaba, lentamente, pude observar su palidez y su aspecto de fati-

ga; vestía un pantalón gris, un chaquetón rojo, y una gorra azul con galoncillos de oro. Hubiera querido correr hácia él; pero sentíme cobarde ante aquella multitud; hubiera querido abrazarle, pero él era inglés y yo no sabía como me recibiría.

Puse en práctica lo que me aconsejaba la cobardía y un falso orgullo; acerquéme y le dije descubriéndome: Supongo que sois el doctor Livingstone.

—Sí, caballero, contestó con una benévola sonrisa y descubriéndose á su vez.

Entonces nos estrechamos las manos.

—Doy gracias á Dios, dije, por haberme permitido encontraros.

—Me considero dichoso por estar aquí para poderos recibir.

Me volví entonces hácia los árabes que me felicitaban y á los que me presentó el doctor, indicandome á cada uno por su nombre; y olvidándome después de la multitud y de mis compañeros de fatiga seguí á Livingstone.

Hízome entrar en su cabaña y me ofreció su sitio, construido por el mismo, y que se componía de una especie de rueda colocado sobre un banco de tierra; encima había una piel de cabra y otra piel por respaldo, clavada en la pared. No quería admitir, pero el doctor no cedió y tuve que obedecerle.

\*  
\*\*

Sentámonos los dos; y los árabes se colocaron á nuestra izquierda, y en frente se oprimían entre sí más de mil indígenas, solo por vernos comentando el hecho extraordinario de que dos blancos estuviéramos reunidos en Oujiji, llegado uno de Manyema ó sea del poniente y el otro de Ounyanembé, que equivale al Este.

Dió principio la conversación, por palabras que no recuerdo por la emoción



que me embargaba, pero que indudablemente fueron preguntas recíprocas.

A poco se levantaron los árabes comprendiendo sin duda que deseábamos estar solos. Les mandé á Bombay para que les diera noticias, que desgraciadamente les tocaba muy de cerca. Todos tenían

en el Ounyanyembé intereses, parientes y amigos y estaban impacientes por saber lo que pasaba.

Dí orden de aprovisionar á mi gente, mandé venir á Keif Halek, y se le presenté al doctor como soldado de su caravana el que me acompañó desde Kou-



LIVINGSTONE Y STANLEY

hara para entregar en propias manos la correspondencia del doctor. El saco de ésta llevaba la fecha de 1.º de Noviembre de 1870, recibéndola á los trescientos días de haberse entregado al portador. ¿Si yo no hubiese pasado por Africa, cuánto tiempo hubiera estado en el Ounyanyembé?

\*  
\* \*

Abrió el saco, miró las cartas, tomó dos que eran de sus hijos y pareció iluminarse su rostro.

Pasamos largo rato explicándole yo los principales sucesos acaecidos en el mundo, durante el tiempo que se vió privado de los periódicos y correspondencia.

Los árabes nos enviaron varios regalos, en forma de alimento; Seid ben Medjid algunas tortas de carne picada; Mahomed una gallina y Moeni un caldero de arroz y carne de cabra; los presentes se sucedían y conforme iban llegando los atacábamos enérgicamente.

Livingstone comía tambien como yo; como hombre hambriento, de estómago



vigoroso; él, que según decía, había perdido el apetito y que no podía digerir sino una taza de té, repitiendo cada momento: «Me habeis devuelto la vida; me habeis devuelto la vida.»

—¡Oh qué olvido! exclamé de pronto; al momento, Selim, id á buscar la botella, ya sabéis cuál, traed también las copas de plata. Volvió á poco con una botella de Sillery, que yo llevaba para aquel caso, precaución que muy amenudo me había parecido supérflua. Llené hasta el borde la copa de Livingstone y vertí en la mía un poco del espumoso vino.

—A vuestra salud, doctor.

—A la vuestra, caballero Stanley.

Y el Champagne que tan cuidadosamente había conservado para la celebración de aquel feliz encuentro, seapuró bien pronto.

\*  
\* \*

Halimah, la criada del doctor, estaba atónita; á cada momento asomaba la cabeza por la puerta de la cocina para asegurarse del hecho extraordinario; es decir, de que había dos hombres blancos en la verandah, donde no estaba acostumbrada á ver más que uno, que comía muy poco. ¿Lo que veía, era realidad ó sueño? ¡Ella que temía siempre que su amo no apreciaba sus talentos culinarios! al ver al doctor comer de aquel modo, su alegría rayó en delirio.

Por fin llegué á estar completamente repleto, y Livingstone concluyó por reconocer que había comido bastante.

Sin dejar de hablar, observamos como las sombras invadieron la habitación.

—Doctor, le dije, pensad en vuestras cartas; no quiero molestaros más tiempo.

—Sí, contestó, voy á leerlas porque ya es tarde; y que el Señor os colme de bendiciones.

—Buenas noches, doctor; deseo que

sean agradables las noticias que halleis en vuestra correspondencia.

Al despertarme, temprano, y abrir los ojos, grande fué mi asombro; me encontraba en un habitación, no en mi tienda. ¡Ah! exclamé, ya me acuerdo, he encontrado á Livingstone y estoy en su casa. Presté atento oído por si confirmaba el hecho el sonido de su voz, pero sólo percibí el rumor de las olas.

Quedéme pensando si no sería un sueño, pero no me era posible dudar.

\*  
\* \*

Convine en decirle á Livingstone aquella misma mañana quién me había mandado y por qué estaba allí, pues seguramente no lo sospechaba, en rogarle escribiera á Mr. Benet, haciéndole saber que me había visto. ¿Pero querría hacerlo? Yo estoy aquí para servirle; él no tiene mercancías ni hombres; todo cuanto yo poseo es suyo y si ha de estarme agradecido ¿por qué no ha de corresponderme? Harto me ha costado venir desde tan lejos para prestarle algún servicio; por otra parte y según he podido ver, no es Livingstone el misántropo que tanto me habían dicho, por que á pesar de lo frío de mi saludo y de la por demás lacónica respuesta me oprimió la mano con profunda enoción. Mi nacionalidad no le importa. «Americanos é ingleses, me ha dicho, son el mismo pueblo; hablamos la misma lengua, y tenemos las mismas ideas.»

Yo le he contestado que era de la misma opinión, y que aquí, por lo menos, debíamos ser hermanos.

Aquí dieron fin mis cavilaciones: vestime sin hacer ruido, con intención de ir á curiosear por la orilla del lago, hasta que despertara el doctor, abrí la puerta, que rechinó horriblemente y entré en el verandah.



—¿Cómo, doctor, estais levantado ya?

—Buenos días, caballero Stanley, me alegro mucho de veros, y espero habreis dormido bien. En cuanto á mí, me he acostado tarde porque quise leer todas mis cartas. Me habeis traído buenas y malas noticias; pero sentaos aquí.

—Sí, muchos de mis amigos han muerto: Tomás, el segundo de mis hijos ha sufrido un grave accidente; su hermano Osvaldo estudia medicina y me dicen que trabaja bien; Inés, mi hija mayor, ha hecho una excursión marítima con la familia de Sir-Young, y se ha divertido mucho. Mi amigo Rodorico me dice que está bueno y que me espera. Ya veis, os debo muchas noticias.

—Y ahora, le dije, me preguntareis por qué he venido.

—Es verdad, me contestó; no me lo explico. Cuando me dijeron que teníais barcos, mucha gente y gran número de bagajes he creído erais algun oficial francés, enviado por vuestro gobierno para reemplazar al teniente Le Saint, que murió á pocas millas de Gondokoro; y lo pensé hasta que ví la bandera de los Estados-Unidos. A decir la verdad, complacióme la equivocación, porque no hubiera podido hablar francés con ese caballero, y habría sido muy triste para mí que él no poseyese el inglés, en cuyo caso dábamos el ejemplo de dos europeos que encontrándose en el Oujiji no podían decirse nada. Ayer no os pregunté nada, por que veníais, y la discreción era natural, tanto más, cuanto que este no era asunto mio.

—He venido por amor á vos, repliquéle sonriendo, y me considero feliz por ser americano y no francés, pues de este modo podremos entendernos. He notado que los árabes parecían muy sorprendidos: no es necesario decirles que los ingleses y americanos se han hecho la guerra, y ahora os lo digo muy for-

malmente doctor y no lo extrañeis; yo he corrido en busca vuestra.

—¿Me buscabais á mí?

—Sí.

—¿Y cómo es eso?

—Conoceis el periódico titulado *New-York Herald*?

—¿Quién no ha oído hablar de él?

—Pues bien; sin el consentimiento de su padre, sin haberle dicho nada, Mr. James Gordon Bennett, hijo del propietario, me encargó de la misión de buscaros y de llevar las noticias que quisierais darme sobre vuestros descubrimientos, recomendándome al mismo tiempo que os auxiliara con todas mis fuerzas y recursos y que os ayudara en toda la extensión de mis medios.

—Mr. Bennett os ha encargado que me buscárais, me encontraseis y me ayudaseis? ya no me extraña el elogio que de él hicisteis ayer.

—Seguramente; es tal como lo pinté, es un hombre leal, generoso y ardiente; lo repito y afirmo con orgullo.

—Le estoy sumamente agradecido y me complace en gran manera que vosotros los americanos me manifesteis tan vivo interés. Y por cierto, amigo mio, que venís muy á propósito porque Sherif me robó todo lo que desde Zanzíbar me mandaba el cónsul por su conducto, dejándome reducido á la mendicidad. Quisiera poder expresar mi gratitud á Mr. Bennett, comunicarle mis impresiones; pero si las palabras me faltan, creed que no por eso es menor mi agradecimiento.

—Muy bien, ya tenemos arreglado este punto. ¿No os parece, querido doctor, que podríamos almorzar? permitidme que mi cocinero se encargue hoy del servicio.

—Con mucho gusto; me habeis devuelto el apetito, y mi pobre Halimah no ha



podido distinguir nunca entre el té y el café.

\*  
\* \*

Siempre fiel á sus deberes, Ferajji había preparado un té excelente y algunas tortas que humeaban aún cuando nos las presentó; á mí no me gustaban mucho; pero á Livingstone, reducido á alimentarse de maíz verde mientras estuvo en Sonda, sin probar nunca la carne, las encontró muy buenas.

—Al ver aquella inmensa cubeta que llevaba uno de los vuestros, me dijo el doctor, creí que erais un hombre lujoso; pero no esperaba ver semejante fausto, cuchillos, platos, vajilla de plata, una tetera de lo mismo, tazas y platillos, un tapiz de Persia y criados de tan buen aspecto!

Transcurieron los días tranquilamente, éramos felices bajo las palmeras del Oujiji. Mi compañero recobraba sus fuerzas, y con ellas la vida; sentíase otra vez poseído de entusiasmo para llevar á cabo su empresa y deseaba vivamente trabajar; pero qué podía hacer con cinco hombres y sesenta metros de tela?

—¿Conoceis la parte Norte del lago? le pregunté una tarde.

—No, dijo: he intentado ir, pero los Vonajiji quisieron tratarme como á Speke y Burton, es decir, saqueándome; y yo no era rico. Por otra parte, no me hubiera sido posible entonces ir al Manyema, que ofrece más interés. La gran línea del centro de Africa en aquella región es el Lonalaba; comparada con el estudio de esta línea, la cuestión de saber si el Tanganika está unido al Albert N<sup>o</sup> Yanza por una corriente me parece insignificante.

—La gran línea del desagüe central, dije yo, es un rio que parte del undécimo grado de latitud Sur, y que yo he seguido en una extensión de siete. El Chambizi,

segun llaman á éste en su parte superior, recibe las aguas de un vasto país situado al medio día de la fuente más meridional del lago Tanganika; de modo que éste es el punto más importante. En mi opinión, una corriente que sale del lago que tenemos aquí y que yo llamaría el alto Tanganika, va á unirse con el lago de Baker, el Albert N<sup>o</sup> Yanza, que sería el Tanganika inferior; y fundo este parecer en los informes de los árabes, al propio tiempo que en las observaciones que hice de la corriente por medio de las plantas acuáticas. En vuestro lugar, no saldría de Oujiji hasta haber aclarado las dudas sobre este punto, porque es seguro, que una vez fuera, no volvais ya por esta parte.

\*  
\* \*

La Sociedad geográfica de Lóndres dá la mayor importancia á esta cuestión, declarando que sólo á vos es dado resolverla. Si puedo seros útil en este punto, no teneis más que decir una palabra, porque aunque yo no he venido al Africa para dedicarme á los descubrimientos, me gustaría muchísimo tener la solución del problema. Os acompañaré con la mejor voluntad; tengo veinte hombres que saben manejar el remo; no nos faltan fusiles, telas y abalorios en abundancia, y si podeis obtener una canoa de los árabes, será asunto concluído.

—Tendremos una, replicó el doctor, una de Seid ben Medjid, que siempre se ha mostrado bondadoso conmigo, y que es todo un caballero.

—¿Queda pues sentado que marcharemos?

—Cuando gustéis.

—Yo soy el que está á vuestras órdenes. ¿No habeis oido que mis gentes os llaman el Gran Maestro y á mí el Peque-



ño Maestro? A vos es el que toca mandar.

En aquella época sabía yo lo que era Livingstone; es imposible pasar algún tiempo con él sin reconocerle perfectamente, es realmente lo que aparenta, yo lo pinto tal cual le ví, no como me le describieron; y sin ánimo de ofender á nadie, diré que es muy distinto del retrato que me habían hecho. Habiendo estado siempre con él desde el 10 de Noviembre de 1871 hasta el 14 de Marzo de 1872, he podido observar muy bien todos sus actos, lo mismo en el campamento que en el camino.

Livingstone, que tiene sesenta años, nadie le hubiera supuesto mas de cincuenta, cuando se restableció: si bien se le ven algunos cabellos grises la mayor parte es castaño, si el bigote y las patillas encanecen, los ojos tambien castaños conservan una total viveza y la mirada es penetrante. Los dientes es la única cosa que tiene viejo, por la dureza de los alimentos con que tuvo que mantenerse en Sonda. Su talla, excede, aunque poco, de la comun; el cuerpo robusto y algo cargado de espaldas; el andar pesado, como el de un hombre que ha padecido grandes fatigas, pero en cambio el paso es siempre seguro. Se cubre la cabeza con una gorra de oficial de marina, por la que le reconocen en todos los sitios que recorre. El traje que tenía puesto la primera vez que le ví, tenía bastantes remiendos pero sumamente límpio.

Los árabes y los indígenas, creyendo que Livingstone era un hombre estravagante tuvieron prevención contra él y le molestaron con mil contrariedades, pero su benevolencia y rectitud triunfaron y concluyó grangeándose el aprecio de todos: ni los mahometanos más rígidos pasaban por la puerta del doctor, sin entrar á saludarle.

\*  
\*\*

Al día siguiente de mi llegada le pregunté: ¿No sentís ya necesidad de reposo? Ya hace seis años que faltais de Europa.

Su respuesta me bastó para acabar de conocerle.

—Sí, me dijo; sería una dicha para mí volver á mi país y abrazar á mis hijos; pero no puedo abandonar mi empresa en el momento en que toca á su fin. Solo necesito cinco ó seis meses para enlazar con el brazo del Petherik ó el N'Yanza de Baker, la fuente que he descubierto; y siendo así ¿de qué me serviría marchar hoy para volver mas tarde á concluir lo que puede terminarse ahora?

—¿Por qué no lo habeis hecho cuando estabais tan cerca del término?

—Porque no era posible: mis gentes no querían avanzar y en el caso en que me empeñase en no volver, habíanse propuesto levantar el país y aprovecharse del movimiento para abandonarme, en cuyo caso era mi muerte segura. Esta hubiera sido una desgracia, pues concluía de reconocer seiscientas millas siguiendo los principales ríos que se vierten en el lecho central, y solo faltaban explorar ciento cuando el desaliento de mis hombres me obligó á detenerme; además me faltaba tela.

He hecho un viaje de seiscientas millas volviendo aquí, solo por recoger las mercancías y organizar una nueva caravana; pero no he hallado ni un doti viéndome privado de recursos, enfermo de espíritu y de cuerpo y al borde casi de la tumba.

Pasados varios días desde mi llegada á Oujiji, días felices de los que conservaré grata memoria, volví á pensar en nuestra excursión por el Tanganika. Livingstone estaba cada vez mejor, sus fuerzas aumentaban gradualmente, bajo el régimen que le hacía observar ayudado por mi cocinero. No faltaba queso y manteca,

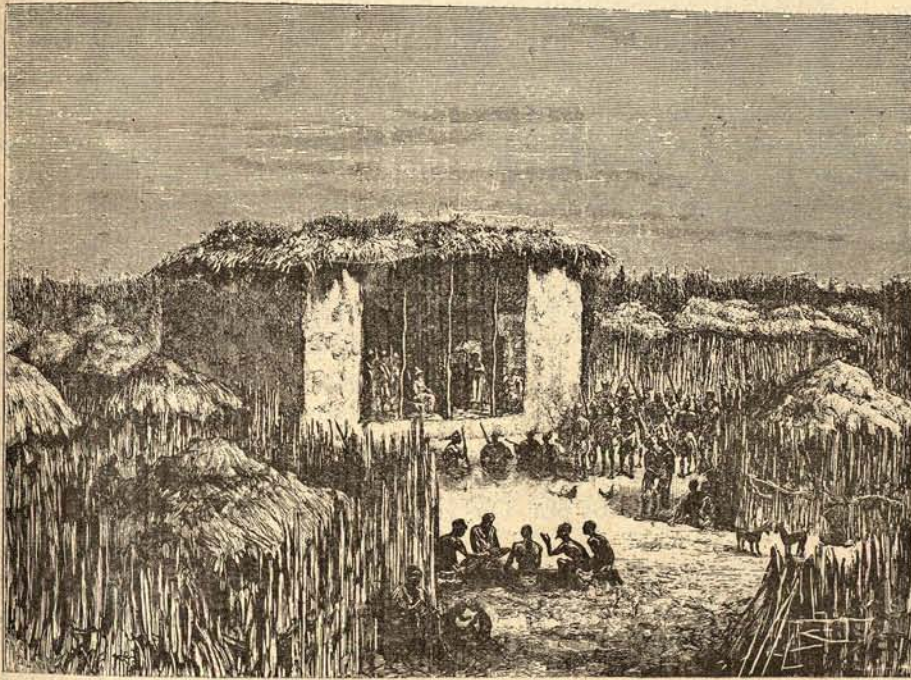


hecha por mí mismo, huevos frescos, aves, carnero asado, pescado fresco, habichuelas, patatas, crema, miel blanca, una especie de ciruela jugosa de los bosques del Oujiji, vino de palmera, galletas de maíz que hacían las veces de pan y otras varias cosas.

Pasábamos parte del día en el verandah, hablando de nuestros proyectos para el porvenir. Mañana y tarde nos paseábamos por la playa para respirar la brisa siempre bastante fresca.

A la primera palabra, Seid-ben-Medjid, puso su canoa á nuestra disposición, para ir donde quisiéramos y durante todo el tiempo que fuera necesario. Dos indígenas se comprometieron á servirnos de guía, mediante el pago en ocho metros de lienzo á cada uno y pronto quedaron terminados nuestros preparativos.

\*  
\*\*



DESCANSO DE LOS EXPEDICIONARIOS

He dicho que aquella exploración fué proyectada entre el doctor y yo, por el interés que ofrecía el problema del Rousizi, sobre el cual se ha discutido tanto y cuya solución seguía pendiente.

Livingstone, que desde 1869 hubiera querido resolverle, aceptó ansioso la

oferta que yo le hice, aunque le enquetaba el porvenir; íbamos á dilucidar uno de los puntos del problema; pero ¿qué partido tomaría despues? Su posición era realmente comprometida; podía contar con cinco hombres y una mujer. ¿Podría ponerse en marcha con tan poca



gente, algunos pedazos de tela y unos cuantos abalorios que le quedaban después del robo de Sherif?

Si no hubiese estado enfermo, su natural vigor y su espíritu enérgico hubieran resuelto la cuestión.

Con todas las consideraciones debidas á su larga experiencia le propuse varias líneas de conducta entre las que podía elegir.

Volver á su casa para tomar reposo que tanto necesitaba.

Dirigirse á Kohuiara, recoger sus mercancías, contar sus pagazis y ponerse en camino hácia las orillas del Webb, para continuar allí sus interrumpidas exploraciones.

Organizada la caravana, tratar de reunirse con Beker, para lo que tendría que ir á Mouanza y atravesaría el Victoria, sirviéndose de mis barcos, porque así evitaría el encuentro con Mirambo ó Souarourou. Después pasaría al territorio de Mtera, rey de Ouganda, y luego al de Kamrasi, rey del Ounyoró, donde seguramente oiría hablar del gran hombre blanco, que debía hallarse en Eoudokoro con fuerzas imponentes.

Desde el Ounyanembé volver á Oujiji y á Mamyema, dirigiéndonos por Ougoukha.

O bien marchar desde el Oujiji á reunirse con Baker por el Roussizi, el Rouanda el Itara y el Ounyoró.

\*  
\* \*

Cualquiera que fuese la determinación de Livingstone, me ponía enteramente á sus órdenes con toda mi gente. Si quería volver á su país, me daba por muy honrado con escoltarle, sometiéndome desde luego á su voluntad; viajaríamos como lo deseara.

Si solo quería ir á Kohuiara para recoger los valores que tenía en almacen,

yo tendría mucho gusto en acompañarle, añadiendo á su haber una buena cantidad de abalorio, de telas de primera clase, de armas de fuego y municiones. Allí encontraría un material completo, trages, utensilios de cocina, y una morada cómoda donde podría descansar.

Entre tanto marcharía yo apresuradamente á la costa, y al llegar á Zanzíbar organizaría una caravana de cincuenta ó sesenta hombres, elegidos cuidadosamente, los cuales le llevarían un suplemento de provisiones y cuanto le pudiera ser útil.

Después de reflexionar detenidamente, decidióse el doctor por este último proyecto, como el mas practicable y el que mejor respondía á sus miradas.

Arreglado este punto, pudimos ocuparnos en la exploración del lago.

\*  
\* \*

Aunque nuestro *Argos* se redujese á una simple y frágil piragua, construida de un grande tronco, estaba destinada á un objeto mas elevado que el de la nave griega, de antigua memoria. Tampoco se equipaba para ir á la conquista del Vellocino de oro, sino con la esperanza de hallar un camino por el que pudieran ir los barcos del Nilo al Oujiji, al Ousouhoua y aun al Mourougou. ¿Quién pudiera saber lo que íbamos á descubrir? Así los árabes como los indígenas nos repetían que el Roussizi salía del lago; y suponíamos que se dirigía al N<sup>o</sup> Yanza de Albert.

Seid-ben-Medjid nos aseguró que su piragua podía contener veinticinco hombres y tres mil quinientas libras de marfil. Creyéndolo así embarcamos á veinticinco de nuestros hombres, algunos de los cuales llevaban sacos de sal, con el objeto de comerciar un poco: mas apenas nos apartamos de la orilla, fué preciso

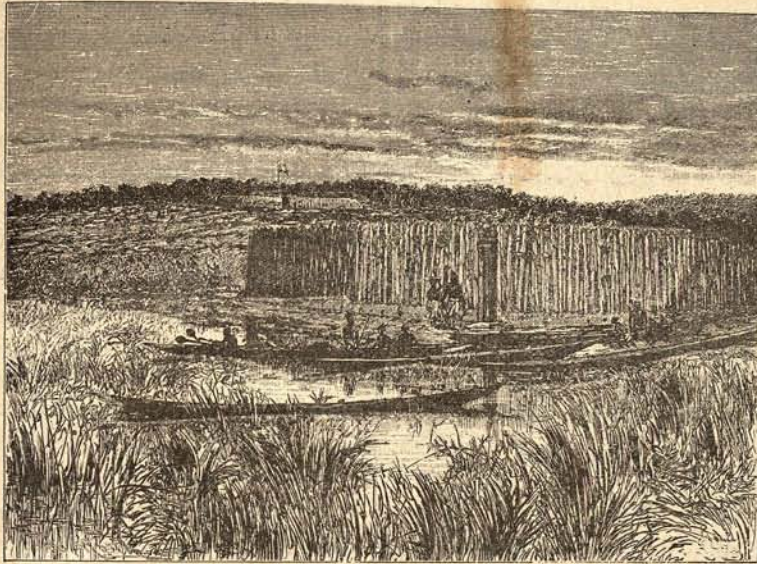


volver, porque la canoa demasiado cargada, se hundía hasta el borde. Desembarcaron seis hombres juntamente con la sal, quedándonos con diez y seis remeros, Selim, Ferajji y los dos guías.

Aquella vez avanzó bien la piragua y nos dirigimos hácia la isla de Bangoué

á cuatro ó cinco millas del punto de partida.

Después de dejar atrás aquella isla que fué descrita por Burtón y siguiendo las curvas de la ribera, alcanzamos la bahía de Kigoma, bahía espléndida que formaría un puerto excelente, al abrigo de los



UN ISLOTE

vientos que muy variables y de gran violencia soplan sobre el Tanganika, ganamos el pueblo del mismo nombre: aun no eran las diez, pero una fuerte brisa hizo encallar la piragua obligándonos á formar nuestro campamento.

\*  
\*\*

Al día siguiente, al amanecer, nos levantamos, y después de almorzar y tomar café emprendimos nuestra ruta. Frente á las altas colinas del Bamba echamos la sonda y marcó treinta y cinco brazas; estábamos á una milla de la costa.

Aquella línea de montañas, revestidas de un verde y brillante tapiz, sobre las

cuales se extendían grandes bosques, desarrollaba ante nosotros bellezas que nos hacían esperar otras. Yo no había visto nada semejante desde que me hallaba en Africa, bosquecillos de palmeras, de bananos, de higueras de Bengala y de mimosas.

Cuando nos acercábamos á Niasanga, la segunda estación, no me cansaba de contemplar la costa con sus pintorescas colinas, sus preciosos oteros, sus cultivos y rebaños.

Un poco antes de tocar tierra, produjéronse dos lijeros incidentes; un gran lagarto de mas de dos piés de largo se deslizó por la orilla, sin darnos tiempo de verle bien; pero Livingstone opinó que era el *monitor terrestris*. Poco des-



pues maté un cinocéfalo que medía del hocico á la extremidad de la cola cuatro piés y nueve pulgadas, siendo su peso de mas de cien libras; no tenía crin ni borla de pelo en la cola, y todo su pelaje era muy basto; los monos de este género abundan allí mucho.

Niasanga, situado al pié de un anfiteatro de colinas, y en la desembocadura de un riachuelo del mismo nombre, tiene como todos los pueblos inmediatos, sus bosquecillos de árboles y sus campos de maíz, de sorgho y de yuca.

Levantamos nuestras tiendas debajo de una higuera-banano; á corta distancia veíanse media docena de piraguas de diferentes tamaños, frente á nosotros extendíase una inmensa superficie de agua; y á lo léjos, divisábamos el Ougoma, el Oukaramba y la isla de Mouzimou, cuyas montañas parecían de un azul oscuro.

\*  
\* \*

El tercer día, llegamos á Zassi; pueblecillo situado en la desembocadura de un riachuelo del que toma el nombre; las montañas que bordean por aquel lado, elevábanse á dos mil ó dos mil quinientos piés sobre el nivel del lago; el país me parecía cada momento mas bello que todo lo que se ve cerca del lago Jorge ó en las márgenes del Hudson.

A la altura del Kabogo Livingstone halló una profundidad de trescientas brazas, y perdió el plomo de su sonda y cien brazas de ella.

Levantamos nuestro cuarto campamento en Ouroundi, en una isla arenosa llamada Niabigma, que se halla á media hora de la frontera.

En el momento de salir de Nyabigma, repartimos á cada hombre diez cartuchos para el caso de que los Vouaroundi nos demostrasen el odio que les inspiran los extranjerros.

Al rayar el día nos pusimos en marcha, y antes de una hora habíamos pasado el Kitanda: este cabo se reduce á una plataforma poco elevada.

Despues de atravesar la bahía, llegamos á la extremidad del cabo Kasofou, desde donde se veían otros varios, ante los cuales fué preciso pasar para dirigirnos á la bonita posición de Makoungou, donde se hizo alto. En todo el trayecto vimos numerosos pueblos.

En Mokoungou nos pidieron el tributo; aunque las telas y abalorios me pertenecían, el doctor, atendida su edad, experiencia y gran práctica, se encargó de hacer el trato; yo me había visto obligado muchas veces á regatear, y estaba curioso por ver como saldría del paso el doctor.

El mateko, jefe de tercer orden, reclamaba dos dotis y medio, ó sean diez metros de tela: Livingstone le preguntó si no nos traían nada.

—No, replicó el mateko; el día ha terminado, y ya es demasiado tarde; pero si pagais el tributo, el jefe os dará alguna cosa cuando volvais á pasar.

Se echó á reir el doctor, y dijo al jefe que llegaba: «Puesto que esperais nuestra vuelta para hacernos un regalo, yo pagaré el tributo cuando regresemos.

Desconcertado al pronto, el mateko reflexionó, y repitió su demanda.

—Traednos un carnero, repuso el doctor, porque estamos en ayunas y nos acosa el hambre desde mediodía.

El anciano jefe se apresuró á mandarnos un cordero, con unos doce litros de vino de palmera, y recibió sus diez metros de tela.

\*  
\* \*

La carne fué consumida bien pronto, dejándonos satisfechos; pero el vino de palmera, este vino tan dulce y exquisito,



fué funesto aquella vez, Souzi, el fiel criado del doctor y Bombay, el jefe de mis hombres se habían encargado de custodiar la barca, abusando del fatal licor quedaron profundamente dormidos y al día siguiente teníamos que deplorar la pérdida de muchas cosas de inestimable valor para nosotros, entre otras la sonda de novecientas brazas, quinientos cartuchos hechos por mí y noventa balas de fusil, un gran saco de harina y todo el azúcar del doctor.

Aunque desolados por aquella pérdida irreparable, emprendimos la marcha á la hora de costumbre, dirigiéndonos hácia el Norte y siempre por la costa.

Serían las ocho de la noche cuando llegamos á un lugar desierto, á una lengua de arena próxima á la playa, sin haber tenido mas novedad en todo el día que la de al pasar por delante de un burgo ó reunión de cabañas de pescadores y al ponernos al habla con sus habitantes nos amenazaron con la venganza de su jefe si pasábamos sin detenernos; sus voces no se parecían en nada á las de la sirena, y como teníamos malos informes de ellos no quisimos obedecer: empezaron á coger piedras lanzándolas con furia; una de ellas me pasó rozándome la cabeza y les endiqué por señas, que podría contestarles con mi caravina, pero avanzamos rápidamente y se terminó de esta manera.

Abrigábamos la esperanza de que no haciendo ruido, en nuestro nuevo campamento, no despertaríamos la atención de nadie, y nos proponíamos descansar algunas horas para continuar despues la marcha.

\*  
\* \*

Quando se calentaba el agua para hacer el té y la comida de nuestros hom-

bres, los centinelas nos avisaron que se veían formas confusas que parecían arrastrarse; dimos la voz de alto y al punto se presentaron varios indígenas saludándonos con la palabra *vouaké* que es la que siempre usan en tal caso.

Nuestros Vouajiji les explicaron que éramos Vouanguanas, diciéndoles que íbamos á marchar al amanecer, y que si tenían algo que vendernos, se lo compraríamos con gusto. Parecieron muy satisfechos de aquella demanda y despues de un instante de conversación durante la cual pude observar que tomaban mentalmente apuntes sobre nuestra posición alejéronse prometiendo volver con víveres al rayar el día.

Mientras saboreábamos el té, los centinelas nos anunciaron que se acercaba otra partida: los hombres que la componían nos saludaron del mismo modo, observáronnos con igual atención y nos dieron seguridades de una amistad que me pareció demasiado viva para ser verdadera.

Poco tiempo despues recibimos una tercera visita del todo semejante; los indígenas nos hicieron las mas calorosas protestas, y luego vimos dos canoas que cruzaban por delante de nosotros con una rapidez que daba que pensar.

\*  
\* \*

Era evidente que nuestra presencia la sabian los pueblos vecinos que enviaban todos aquellos emisarios: debe tenerse presente que en todo el camino desde Zanzíbar hasta el lago, no es costumbre, bajo ningun pretexto, ir á saludar á nadie al cerrar la noche; todo el que es sorprendido á tales horas rondando un campamento se expone á recibir un tiro.



Terminada la cena, hice mis observaciones al doctor, y cada uno pensó que era preciso obrar y apresurarse: apenas se hubieron alejado los indígenas que componían la cuarta visita, saltamos á la piragua, que se lanzó al agua con el mayor silencio posible; y á fe que ya era tiempo, un momento más y no sé si hubiéramos podido salir. En el instante de alejarnos de la penumbra proyectada por la costa, indiqué al doctor varias formas acurrucadas detrás de las rocas que había á nuestra derecha, otras se arrastraban por la cimias, mientras que un numeroso grupo avanzaba por la izquierda con ademán sospechoso. En el mismo momento oímos como un grito de rabia en el sitio que acabábamos de abandonar.

—¡Bien jugado! exclamó el doctor.

Y la piragua avanzó como una flecha dejando burlados á los bandidos.

Después de seis horas de remar vigorosamente, doblamos el cabo de Seutakeyi y nos detuvimos en Mougeyo, pequeño lugar de pescadores, donde nos fué permitido tomar algun descanso.

\*  
\* \*

Al amanecer continuamos nuestro camino y á las ocho dimos vista á Magala cuyo moutouare, jefe de segundo orden, pasaba por ser hombre generoso.

Los naturales se mostraron muy corteses, á la vez que en extremo curiosos por contemplarnos; oprimíanse á la puerta de la tienda, fijando en nosotros ávidas miradas.

Por la tarde nos hizo una visita el moutouare; aunque iba de gala, reconocí al momento en él á un joven cuyo semblante me había llamado la atención entre los curiosos.

En cambio de los ocho metros de tela y los diez hilos de abalorios rojos que le regalamos al jefe, nos dió un carnero

muy gordo y una jarra de leche, dos cosas que agradecemos mucho.

Allí supimos que se había declarado la guerra entre Makamba, jefe del país á donde nos dirigíamos, y Vouaroumachauya, sultán del distrito inmediato. Aconsejáronnos que retrocediéramos si no queríamos tomar parte á favor de uno ú otro combatientes; pero como estábamos en camino para el Roussizi no podían detenernos semejantes consideraciones.

Al siguiente día salimos de Magala en dirección al país de Makamba.

Acabábamos de pasar de la frontera del Ouroundi propiamente dicha; el territorio cuya orilla seguíamos era el de Ousige. De repente se levantó un viento sudoeste, imprimiendo á la piragua un movimiento tan desordenado que fué preciso enderezar el rumbo hácia Kisouka, deteniéndonos en este pueblo, que está á unas cuatro millas al norte del punto donde comienza el Mougeré.

\*  
\* \*

Apenas hubimos levantado la tienda cuando un Mgoouana, establecido en Makamba, vino á saludarnos y nos puso al corriente de la guerra que se hacían los dos vecinos. Ya hacía tiempo que duraba; pero no tenía nada de terrible uno de los beligerantes penetraba en el territorio del otro, se apoderaba de algunas cabezas de ganado y se retiraba después de matar uno ó dos hombres que encontraba por casualidad. El otro, dejando transcurrir algunas semanas ó meses, se dirigía al país de su enemigo para hacer exactamente lo mismo que él, resultando de aquí una compensación, pero siempre en perjuicio de ambos pueblos. Rara vez había lucha, pues los africanos son por naturaleza opuestos á toda maniobra de guerra.



El Mougihchoua es un país sumamente llano, su parte más alta no se eleva á diez piés sobre el Tanganika, en todos los parages no pantanosos, el terreno está cubierto de ricos pastos donde se crían numerosos ganados.

Por todas partes se veían numerosos pueblos.

\*  
\*\*

En el fondo del lago, desde una á otra orilla, hormiguan los cocodrilos; he contado hasta diez en un sólo punto de la playa: el Roussizi está infestado por estos reptiles.

Apenas llegamos al pueblo de Rouhinga, vino este jefe á vernos: era un hombre muy amable, muy aficionado á las novedades, y siempre dispuesto á reír, aunque, según él, alcanzaba ya la edad de cien años, conocía perfectamente el país y tenía una prodigiosa memoria, hablando de todas las localidades con suma inteligencia.

Después de los cumplidos de costumbre, y de haber recibido como regalo un carnero, un buey, leche y miel, rogamos á Souhinga nos dijere cuanto supiere de la inmediata región. Prestóse á ello y nos dió varios informes, que puedo resumir del siguiente modo.

El país que bordea el lago, á partir del Ouroundi, en la orilla oriental, hasta el Ouvira, en el opuesto lado, comprende los distritos que detallamos á continuación:

1.º El Mougéré, cuyo jefe es Makamba; dos pequeños ríos, el Mougéré y el Mpanda tienen allí su desembocadura.

2.º El Moucanige, gobernado por Vouaroumachauya, y que ocupa toda la parte nordeste de la cabeza del lago: el Kerindoua y el Mougéravoua-Kauigi desembocan en este distrito.

3.º El Ousambara, que se extiende

hasta la orilla izquierda de Roussizi, tiene por jefe á Sinvéh, amigo y aliado de Vouaroumachauya.

4.º El Mougihchoua, que comienza en el Roussizi, orilla derecha, y se extiende hasta la extremidad noroeste del lago, es el país de Rouhinga, donde nos hallábamos entónces.

5.º Rouhouenga, que llega hasta el Norte al Mougihchoua, prolongándose hasta las montañas de Chamatí: el jefe es Makamba.

\*  
\*\*

Más allá del Rouhouenga, desde las montañas hasta Rouanda, está el país de Chamatí; al oeste de Rouhouenga se halla el Ouachi, que comprende las montañas en una extensión de dos jornadas hácia poniente.

Al hablarnos del Roussizi nos dijo: «Este río tiene su nacimiento en la inmediación de un lago que llaman Kivo, lago que se prolonga en una línea tan extensa como la de Mougihchoua á Mougéré, y tan ancha como la de Mougihchoua al país de Vouaroumachauya, lo cual equivale á unas diez y ocho millas de largo por ocho de ancho. El lago Kivo está rodeado de montañas al norte y al poniente: del noroeste de una de ellas sale el Roussizi en rápido arroyuelo al principio, pero al dirigirse al Tanganika, se aumenta con el caudal de muchos ríos y reúne ya catorce afluyentes al recibir el Rouanda que es el más ancho de todos.

»El lago Kivo toma su nombre del de la provincia en que se encuentra; por un lado está el Moutoumbi; al oeste el Rouanda, y al este el Ouroundi. El jefe de Kivo se llama Kouansibara.»

\*  
\*\*



Atendido el número y la precisión de estos informes, no se debían poner en duda: sólo faltaba ver desembocar el río.

Elegimos entre nuestros hombres diez vigorosos remeros, y á la mañana siguiente nos pusimos en marcha para explorar el fondo del lago. Encontramos siete grandes bahías cuya abertura no tiene menos de una milla y media á tres de ancho y que están separadas por largas puntas arenosas cubiertas de vegetación.

Habiendo rogado á los tripulantes de una piragua que nos enseñasen el camino, formóse una flotilla que nos precedió, seguramente sólo por satisfacer su curiosidad los indígenas. Algunos minutos después, remontábamos la corriente, entonces muy rápida, pero sólo de dos piés de profundidad por treinta de ancho.

Continuamos remontando aquel brazo hasta hallarnos á ochocientos metros de la desembocadura; desde este punto vimos que se ensanchaba para dividirse luego en multitud de canales, que corrían entre espesuras de altas yerbas, formando un conjunto de aspecto pantanoso.

Era cuestión resuelta: el Roussizi *entra* en el Tanganika y no le sirve de desembocadura, como se hubiera podido creer. Como tributario no tiene comparación con el Malagarazi, ni puede ser navegable, por lo menos en su parte inferior, sino para las más pequeñas canoas. Lo único de particular que nos ofreció fué la abundancia de cocodrilos.

\*  
\*\*

Nada nos detenía ya en Mougihehoua. Livingstone había terminado sus observaciones según las cuales está situado este último pueblo á los 3 grados y 19 minutos de latitud austral.

Al día siguiente 7 de Diciembre nos pusimos en marcha, después de despedirnos del anciano jefe; y dejando tras de nosotros la punta meridional de las islas Katangara, nos aproximamos á las altas tierras de Ouachi situadas cerca de la frontera del Ouvira. Pasamos al Kayamabengou, río que se vierte en el lago cerca del mercado de Kiraboula, punta extrema de Burtón y de Speke: media hora después, nos detuvimos en Kavimba para almorzar; á poco divisamos varios grupos de una manera que nos pareció alarmante, por lo que apresuramos nuestra partida.

Cuando los Vouavira estuvieron dispuestos para atacarnos, nos hallábamos bastante léjos para no temer nada, pero en cambio amenazaba una tempestad, que estalló rápidamente, y después de dos horas de lucha contra ella, nos retiramos al fondo de una ensenada oculta por frondosos cañaverales.

Fortificamos, empero, nuestro campamento con una empalizada espinosa y solo después de haber puesto centinelas pensamos en preparar la cena. Fácil es comprender el apuro en que nos habrían puesto si se hubiesen llevado los indígenas nuestra canoa.

Al amanecer tomamos nuestra humilde almuerzo y continuamos nuestra ruta al Sur.

Después de Negovi se encuentra una profunda bahía, que termina en el cabo Kabogi; en el segundo término existe un grupo de tres islotes pedregosos, el más considerable tiene en su base trescientos piés de longitud por doscientos de anchura; en él fué donde nos establecimos. Como aquel solo grupo de islotes debía ser el único descubrimiento de nuestra excursión, el doctor les dió el nombre de *Islotes del New-York Herald*, y en confirmación del título nos dimos un apretón de manos; según los cálculos más exac-



tos se hallan á los 3°41' de latitud meridional.

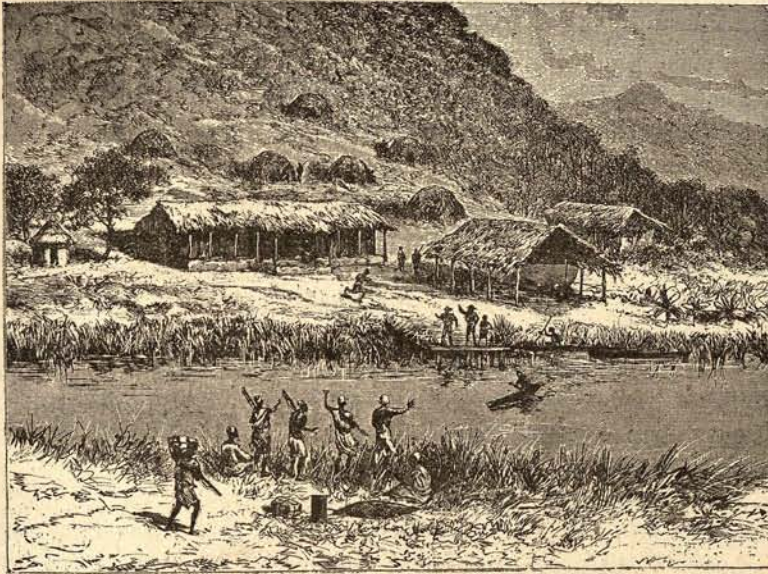
\*  
\*\*

A nuestra llegada al cabo Louvoumba, proyección inclinada de la montaña que avanza mucho en el lago, amenazados por la tempestad tuvimos que detenernos en una pacífica caleta, y sacando á la playa la canoa, sentamos allí nuestros reales para pasar la noche. En nuestro

frente había un pueblo de pescadores, pero sus habitantes parecían tranquilos. Después del almuerzo fuí á echarme un rato según mi costumbre, cuando nada se opone á ello.

De pronto oí gritar junto á mí: «Maestro, maestro; levantaos al instante que se van á batir.»

Cogí al punto mis revólvers, y no tuve más que salir de mi tienda para encontrarme en medio del tumulto; á un lado ví un grupo de indígenas furiosos y al



ALDEA DEL CENTRO DE AFRICA

otro á los nuestros; siete ú ocho de mis hombres, refugiados detrás de la casa, apuntaban sus fusiles contra la multitud que vociferaba é iba en aumento cada vez más; pero en ninguna parte veía á Livingstone.

—¿Dónde está el doctor? pregunté.

—Ha ido á la montaña, me contestó Selím.

—¿Va solo?

—No señor, le acompañan Souzi y Chuma.

—Toma dos hombres, dije á Bombay y ves á avisarle, rogándole que vuelva cuando antes. Apenas acababa de dar esta orden, ví á Livingstone con sus dos negros en la cima de una colina, desde la cual contemplaba tranquilamente la escena que ofrecía nuestro campamento, pues á pesar de la gravedad, tenía su parte cómica, representada por el hijo del sultán, el cual estaba desnudo y completamente ébrio.

\*  
\*\*



Selím acababa de darme micarabina de diez y seis tiros, cuando llegó el doctor. Con la mayor tranquilidad quedarse puede, preguntó la causa del tumulto; explicaron que á causa de que un Beboutchi, llamado Khamis había matado á Oujiji, hijo mayor del sultán de Mouzimou, porque se atrevió á mirar su harem y que se había roto la paz entre los Vouasami y los árabes.

Con una descarga hubiera bastado para dispersarlos, pero el doctor opinó que valía más entenderse con el jefe y calmarlo con un regalo. Levantó una de las mangas de su chaquetón, para mostrar su brazo y les dijo: «No soy árabe ni Mgouana, sino un hombre blanco, nosotros no somos de su raza; y jamás uno de los vuestros tuvo motivo alguno de queja de ningún blanco.»

Este discurso produjo tal efecto, que los dos nobles borrachos consintieron en sentarse y hablar con calma, pero al poco tiempo y dominado de nuevo por la embriaguez, que también dominaba al sultán, se adelantó y dándose un golpe con la lanza, gritó que le habíamos heri-

do. Al sentir este grito la multitud del auditorio emprendió la fuga, una vieja empezó á insultar al sultán, acusándole de querer exterminar á su pueblo; Livingstone acabó por dominar al anciano jefe y un instante después quedó arreglado el asunto, y el sultán y su hijo se fueron muy contentos.

Abandonamos el cabo á eso de las cuatro y media; á las ocho costeábamos el cabo Panza; á las seis de la mañana avanzábamos al sur de Bikori, navegando hácia Moukangan, á donde arribamos á las diez.

\*  
\*\*

El día 12 á eso de las once, después de pasar por la isla de Bangoué dimos vista al puerto de Oujiji.

Saltamos á tierra sin hacer las acostumbradas salvas, porque escaseaban las municiones.

Nuestra excursión había durado veintiocho días, durante los cuales recorrimos más de trescientas millas.



## CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO.

BIENESTAR.—DE OUJJI Á KOUIARA.—PREPARATIVOS DE VIAJE.—ELECCIÓN DE CAMINO.—FIEBRE.—COMIDA DE NAVIDAD.—MARCHA.—ALEGRÍA EN LA CARAVANA.—KIROUNDO.—DESEMBOCADURA DEL LIOUKE.—EL MALAGARAZI.—EL ROUGOUFOU.—EL CABO KIVOÉ.—EL CABO KABOGO.—FLUCTUACIONES DEL TANGANIKA.—FALTA DE CORRIENTE.—ISLA ENCANTADORA.—OURIMBA.—INDÍGENAS TIMIDOS.—DESPEDIDA DEL LAGO.—DESFILADERO DEL LOAJERI.

**C**ON el mayor placer tomamos nuevamente posesión de nuestra morada, entregándonos al descanso mientras saboreábamos nuestro té, como gentes satisfechas por haber cumplido con su deber.

Aunque nuestra casa era modesta por demás, y sólo teníamos de servidores unos salvajes, parecíame haber yuelto á mis buenos tiempos. Aquella cabaña por humilde que fuese su apariencia me despertaba los más dulces recuerdos; allí había encontrado á Livingstone después de mi largo y penoso viaje, allí escuché su maravillosa historia. Mientras viva tendrán para mí un interes histórico aquella cabaña con sus paredes de tierra, el vetusto lecho y aquel sitio de piel de cabra donde conversaba con Livingstone.

El doctor, según he dicho en otro lugar, había convenido en que fuéramos al Ouyanyembé, á fin de recoger los efectos que el cónsul de Inglaterra le había expedido de Zanzibar en 1.º de Noviembre de 1870.

Como yo debía dirigir la caravana, me imponía este cargo el deber de estudiar con cuidado los diferentes caminos entre los que podíamos elegir, pues al comprometerme á escoltar al doctor incurría en una grave responsabilidad.

Tomé la carta que yo había trazado, porque me inspiraba mucha confianza y tracé por ella el plano del camino que nos permitía llegar sin pagar tributo, no teniendo más inconveniente que el de las espesuras.

\*  
\*\*

Por esta vía llegaríamos primeramente al cabo Tongoué, por el lago, siguiendo la costa del Oukaranga y del Oukahouendi; una vez llegados al Tongoué, nos hallaríamos en el paralelo de Itaga, pueblo del sultan de Imrera, y tomaríamos el antiguo camino en el punto en que ya no era temible el saqueo; si llegaba á Imrera del modo que me proponía sería una prueba de la exactitud de mi carta. El doctor, á quien sometí el proyecto,





reconoció sus ventajas y resolvimos seguir aquella línea.

Desde el 13 de Diciembre, día de nuestro regreso, Livingstone no había dejado de escribir, preparando las cartas que se proponía confiarnos y trasladando á su enorme diario las notás que encerraban sus cuadernos. Miéntras él se entregaba á este trabajo, yo aprovechaba las ocasiones en que se sumía en sus reflexiones, para hacer su retrato.

En el interin que escribía su correspondencia, me ocupé de los bagajes, de dividirlos y envolverlos convenientemente, y de otros preparativos necesarios. Únicamente mis hombres debían encargarse del transporte, pues había resuelto eximir de este servicio á las gentes de Livingstone en atención á su buena conducta con el doctor.

El 20 sentí todos los síntomas que preceden á la fiebre, y mi estado llegó á ser deplorable: era la tercera vez que me acometía aquella enfermedad. El acceso se prolongó por espacio de cuatro días, y era remitente, que son las fiebres más peligrosas, la que ha costado más víctimas entre los exploradores del Zambese, del Nilo Blanco, del Congo y del Níger.

Llegado el día de Navidad, convenimos en celebrar la fiesta con una gran comida, según la costumbre de los países Anglo-Sajones. La fiebre había desaparecido el día ántes; y ya desde la mañana, aunque sumamente débil, comencé á tomar mis disposiciones procurando inculcarle á Ferrajji algunos de lo secretos del arte culinario.

\*  
\*\*

Con lo que se compró y me proporcionó el buen jeque Moeui Kheri, pude reunir abundantes y buenas provisiones, pero como desgraciadamente me hallaba tan débil, no pude vigilar la cocina y to-

do lo quemó y echó á perder. Si Ferrajji no recibió aquel día un buen correctivo, fué porque carecía yo de fuerzas.

Nada teníamos ya que hacer sinó marcharnos. Seid ben Medjid dió orden para que se dejara á nuestra disposición la canoa. Moeui Kheri nos prestó amistosamente otra piragua mucho más grande. Yo había comprado varios asnos, uno de los cuales destinaba al doctor, para el caso de que la marcha le fuera demasiado pesada. Además llevábamos cabras y varios carneros bien gordos, á fin de no carecer de suficiente alimento cuando atravesáramos las espesuras. A nuestra provisión de grano y carne, agregábase otra de queso, té y café; llevábamos telas en abundancia; y nuestra caravana compuesta en parte de indígenas, que debían volver con las piraguas, se había completado ya.

Llegó por fin el día 27 de Diciembre que era el día designado para la marcha.

Cargadas las canoas, los remeros ocuparon sus bancos, después de izar la bandera inglesa en la proa de la pequeña embarcación donde debía ir el doctor; y la de los Estados-Unidos flotaba en la nuestra, ondulando á merced del viento.

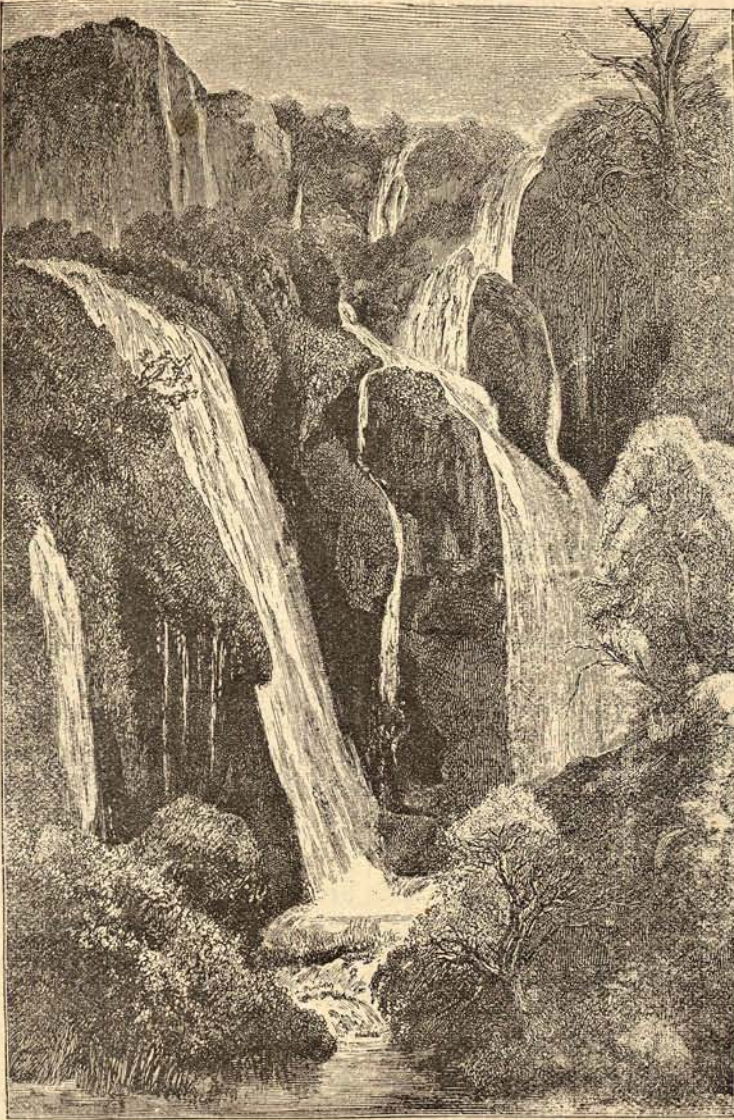
\*  
\*\*

Los árabes nos escoltaron: en la orilla se oprimían los indígenas, con la boca abierta, apesarados de la marcha de los europeos.

Impelidas nuestras piraguas desde el banco de arcilla que ocupaba la parte inferior de la playa, despedíme del puerto de Oujji.

Conducidos por Asmani y Bombay, nuestros hombres marchaban por la orilla, á la que nos acercábamos cuanto era posible. Como sus fardos componían nuestro cargamento, no llevaban entónces nada, y apresurábanse para reunirse





CASCADAS DEL NILO

con nosotros en la desembocadura de los ríos, pues habían convenido que los esperaríamos para pasarlos.

La canoa del doctor, una tercera parte más corta que la mía, tomó la delantera, y la bandera británica ondeó al aire como un rojo meteoro indicándonos el camino.

\*  
\*\*

De repente resonó el canto de los marineros de Zanzibar, y todos comenzaron á remar con tal ardimiento que el sudor les corría por las mejillas.



Cuando teníamos que doblar algún cabo, nuestras gentes apresuraban la marcha para ganar el terreno perdido por nuestra travesía.

A las diez nos detuvimos en el territorio de Kirindo, anciano jefe, cuyo afecto al doctor y odio á los árabes era bien conocido á todo el mundo.

La residencia de Kirindo está en la desembocadura del Liouke que en aquella época lleva su gran caudal de agua.

En aquel punto debían reunirse con nosotros los viajeros pedestres que no se hicieron esperar. Entónces se sacaron todos los bagajes de la piragua grande para colocarlos en la pequeña, donde se situaron algunos de los mejores remeros, miéntras Livingstone iba á inspeccionar la instalación del campamento.

\*  
\*\*

Las marchas sucesivas hasta el 3 de Enero, día en que llegamos á Ourimba, se verificaron del mismo modo y orden; aquél era nuestro punto de destino.

Ourimba es distrito de Kahonendi y está llena de emigrados del Gombeh, gentes infelices que preferían el detta del Loadjeri, en extremo insalubre, á estar cerca de Pumbourou, jefe del Kaomendi meridional.

La persecución de que fueron víctimas les había amedrentado de tal modo, que su timidez era ridícula.

El 7 de Enero se puso en marcha la caravana entera, por la parte de levante, guiados por el Kiraugozi: Arenan que había oído sus numerosos relatos, nos hizo creer que conocía muy bien los distritos de Gombeh, Ngondo y Pumbourou; pero no era así. Desde el segundo día nos volvió á encaminar al desfiladero del Loadjeri, detras del que se elevaba una triple línea de montañas, cuyos pasos nos hubieran conducido al nord-nor-

deste, desviándonos así completamente de nuestra ruta.

Después de haber hablado con el doctor, púseme al frente de la caravana y siguiendo la cresta de una pequeña cadena transversal, marché en línea recta al levante, sin tener en cuenta la dirección del sendero.

\*  
\*\*

De este modo llegamos al vado del Loadjeri, río que nace al mediodía y al sudeste del pico de Kakoungou. Después de vadear, continuamos abriendo paso en la misma dirección.

Pumbourou estaba en guerra con Manya-Moenge, distrito del Kahouendi septentrional; la prudencia exigía que nos alejáramos de esta provincia.

El día 16 de Enero y después de nueve días de marchas crueles en las que el hambre nos abatió, llegamos á Imrera, á nuestro antiguo campamento; los indígenas acudieron en masa para ofrecernos sus víveres y felicitarnos.

Nadie puede figurarse cuál fué el asombro del guía al ver que la brújula había marcado bien: declaró solemnemente que no podía mentir, pero la oposición que manifestó durante todo el camino, y con la que hizo que la mayor parte de mis gentes dudaran de ella y de mí, causándome muchos disgustos, le desacreditó entre sus compañeros.

\*  
\*\*

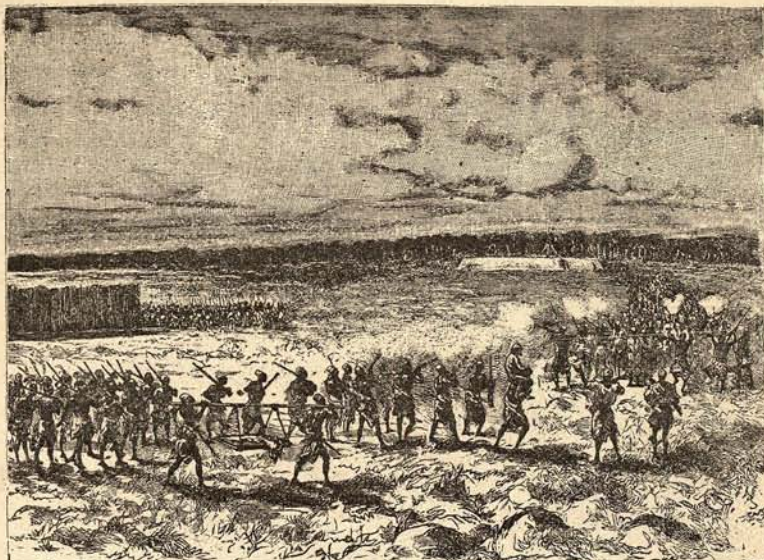
El siguiente día se consagró al descanso pues era indispensable para todos. Livingstone tenía los piés ensangrentados; sus zapatos que tuvo que abrir con un cuchillo para no padecer tanto, se hallaban en tal estado que ninguno de nosotros los hubiera recogido; los míos no estaban



mucho mejor, pues les faltaban los tacones.

El 18 continuó la marcha: á pocas millas de Imrera volvió á extraviarse Asmani y me ví precisado á dirigirle, lo que aumentó el prestigio que acababa de adquirir como guía.

El 19 llegamos á Mpokoua; el pueblo estaba abandonado, y mandé limpiar dos chozas para nosotros; despues de comer, me puse en marcha con el rifle del doctor, seguido de Bilali que llevaba mi caravina; á la media hora, ví una manada de cebras que retozaban alegremente; de



LLEGADA

dos tiros maté otras tantas, los hombres que acudieron al ruido manifestaron su satisfacción con ruidosas aclamaciones: entre las dos nos proporcionaron 719 libras de carne, que repartidas en nuestros 44 hombres, tocaron 16 á cada uno.

El 20 y 21 se pasó en la misma localidad, pues los piés del doctor no le permitían continuar la marcha. Era preciso salir en busca de alguna caza, y emprendí la marcha con dos hombres: no encontrando nada en la llanura resolví franquear una pequeña cresta, llegué á un valle y en un bosquecillo pacían nueve girafas; hice dos veces la puntería y á la segunda disparé, en el momento mismo

que se volvía una á mirar hácia donde yo estaba, y la bala penetró en su pecho. El animal vaciló, y la ví emprender un corto galope y cayó doscientos pasos más allá.

\*  
\*\*

Dejando á Kamisi encargado de custodiar la pieza volví al campamento para enviar hombres á buscarla, pero espantado al oír rugidos de leones, subiése á un árbol, y cuando volvimos al sitio, los buitres habían devorado los ojos, la lengua y una gran parte del cuarto trasero.



Lo que aún quedaba nos produjo sin embargo cerca de mil libras de carne.

A la mañana siguiente me acometió un violento acceso de fiebre que duró tres días, durante los cuales no me fué posible abandonar el lecho.

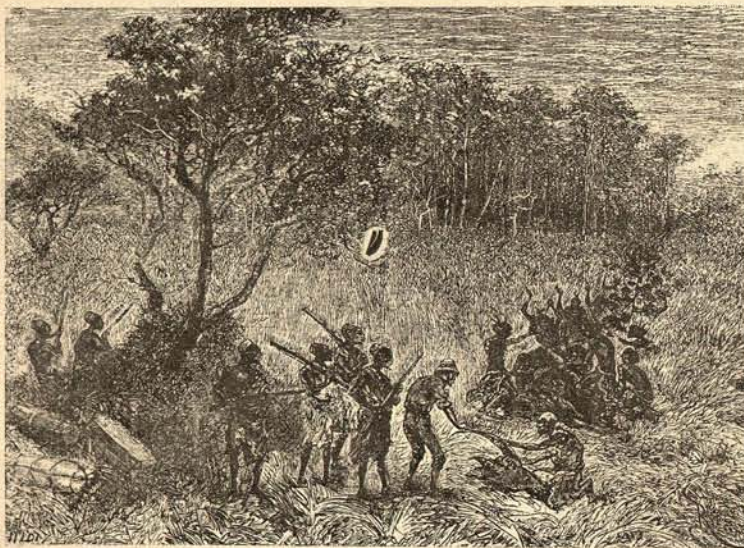
Por fin nos fué posible continuar la marcha el día 27 dirigiéndonos á Misonghi.

Nos detuvimos en Mrera, para moler grano y reunir los víveres necesarios durante el trayecto por las soledades que

teníamos que encontrar desde el punto en que nos hallábamós hasta el de destino.

\*  
\* \*

El día 7 de Febrero nos detuvimos á las orillas de una de las mayores extensiones de agua del Gombé, pues tiene varias millas de longitud. Desde allí envié á Ferajji y á Ohouperah al Ouyanyembé, para recoger los medicamentos y



TROFEOS DE LA CAZA

despachos que me habían remitido de Zanzíbar, y que debía llevar á Ouganda, punto de reunión indicado por mí.

Al día siguiente estábamos en nuestro campamento, es decir, en el sitio mismo donde hicimos nuestra primera estancia en aquel paraíso de los cazadores: y apenas hube almorzado, quise hacer una excursión con Khamisi y Kalouhou: después de una prolongada marcha llegamos á una espesura, donde se veían huellas de antílope, elefante, javalí, rinoceronte

y de hipopótamo, predominando entre todas las de león.

De pronto oí la palabra *simba* (león) proferida por Khamisi, que vino hácia mí, temblando como un azogado. Yo ví entre la yerba unos grandes ojos que me miraban fijamente; el animal comenzó á dar saltos de un lado para otro, pero la espesura me impidió reconocer lo que era.

\*  
\* \*



Viendo frente á mí un árbol trepé por el tronco, con la intención de apoyar mi rifle, porque la fiebre me había debilitado de tal modo que no me era posible sostener aquella arma tan pesada á la altura apetecida.

Llegó, coloco con precaución el rifle y en el momento de apuntar, veo que el animal huye. La yerba, más clara en aquel sitio, no le ocultaba ya; era en efecto el rey de las selvas, que se alejaba á todo correr.

Volví al campamento y pasamos la noche en compañía de Manyera, que nos dispensó la más benévola acogida. Había mandado salir gentes á nuestro encuentro para que nos dijera que su hermano, el hombre blanco, no debía acampar en el bosque sino en su mismo pueblo. Apenas llegamos nos dió carne, grano y miel, cosas que recibimos con mucho gusto, porque la escasez de víveres era extremada.

\*  
\*\*

Del mismo modo fuí atendido, desde Imrera hasta el Ouyanyembé, por todos los jefes con quienes había tratado el año anterior.

El día 14 llegamos á Ouganda donde nos alojamos cómodamente en una cabaña que el jefe nos cedió.

El 18 penetrábamos en el valle de Kouihara, donde se hicieron ruidosas salvas. Habían pasado cincuenta y tres días desde nuestra salida de Oujiji y ciento treinta uno desde que abandoné este mismo valle en mi viaje de ida, sin saber si podría llenar el objeto de mi expedición. Desde dicha época había recorrido mil doscientas millas, en medio de terribles vicisitudes y privaciones, pero el éxito coronó la empresa.

Al entrar en Kouihara me pareció entrar en un paraíso, y gocé lo que nadie

puede calcular, al decir al doctor «Estamos en nuestra casa.»

\*  
\*\*

Hasta el 22 de febrero pasamos examinando las mercancías que teníamos en almacén y que habían llegado en diferentes épocas para Livingstone; la mayor parte de estas últimas, le habían sido robadas y otras se hallaban deterioradas; en este día cesó la lluvia que tanto nos había molestado durante el camino, el tiempo empezó á ser magnífico y empecé á ocuparme en los preparativos de mi marcha.

Livingstone se ocupó en escribir las cartas que me debía dar y poner al corriente el diario de que se proponía encargarme.

Entreguéle abalorios é hilo metálico suficiente para cubrir sus necesidades durante dos años en el Mayem, donde de nada le servirían los dos mil setecientos y tantos metros de tela de algodón que le habían quedado, porque en aquella región los indígenas fabrican su tela.

\*  
\*\*

Necesitaba además, para quedar completamente equipado, diversos artículos, los que me encargué de enviarle desde Zanzíbar, además debía alistar en aquel puerto cincuenta hombres libres que una vez equipados y armados, partirían á reunirse con el doctor, pues en el país continuaba la lucha, y según recordarán mis lectores, los Vouanyamonezi no querían encargarse de ningún servicio en aquellas circunstancias.

Estas comisiones, me imponían el deber de dirigirme cuanto ántes á la costa, para obrar con la prontitud que era indispensable, pero esto me obligaba á re-



nunciar al proyecto de volver por el Nilo y tomar informes de Baker.

Cuando Livingstone hubo acabado de escribir su correspondencia, me entregó: veinte cartas para la gran Bretaña, seis para Bombay y dos para Nueva-York:

estas últimas para Mr. James Gordon Bennet, hijo.

El 12 de Marzo, me remitieron los árabes cuarenta y cinco cartas para que las llevase á la costa.

## CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

ULTIMO DÍA.—MARCHA.—PROYECTOS DE LIVINGSTONE.—DESPEDIDA.—POR EL SENDERO DE LA GUERRA.—KHOUZÉ—UN ANCIANO AMABLE.—SU HIJO.—AMENAZAS.—MARCHA DE TRES SOLDADOS Á ZANZÍBAR.



**M**ARZO, 13. Ha terminado el último día; ha llegado la noche postrera; el mañana no puede evitarse.

—Mañana, doctor, le he dicho, ya estareis solo.

—Sí, repuso, parecerá que el ángel de la muerte ha extinguido sobre esta vivienda sus fúnebres alas. Mejor sería que esperaseis que acabasen completamente las lluvias que se acercan.

—Quisiera poder hacerlo, y daría gracias á Dios; pero pensad que cada instante que pierda retarda la terminación

de vuestros trabajos y la hora de vuestra vuelta.

\*  
\* \*

14 de marzo. Los dos estábamos en pié al rayar el día, se sacaron los fardos del almacén y se prepararon los hombres.

El almuerzo fué triste, y no pudimos comer nada; debía marchar á las cinco y eran las ocho y todavía estaba allí.

—Permitidme acompañaros, quiero veros en camino, me dijo el doctor,



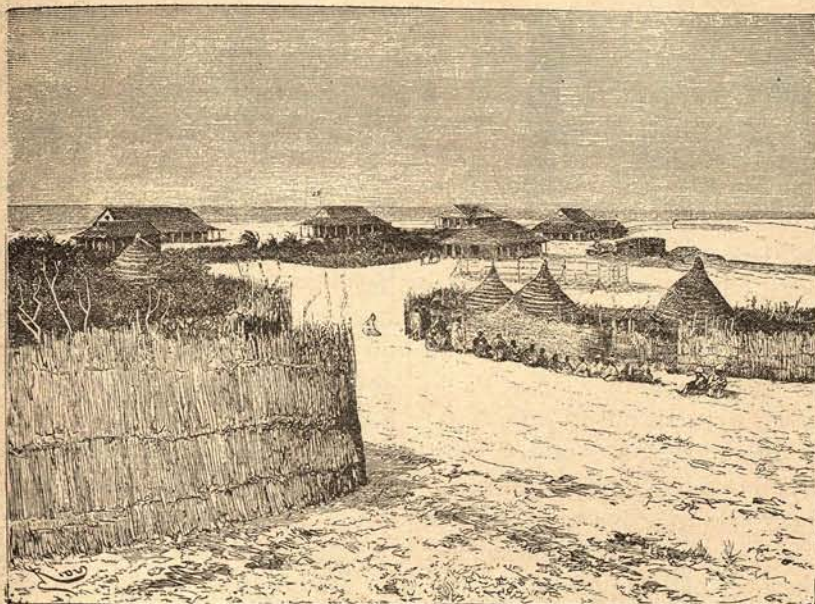
—Gracias. Vamos muchachos, añadí dirigiéndome á los hombres; volvemos á nuestro país; ¡Kiraugozi, desplegad la bandera y en marcha!

\*  
\*\*

En la casa parecía reinar la tristeza; poco despues la perdí de vista.

Yo iba al lado de Livingstone; los hombres comenzaron á cantar, fijé una mirada en mis compañeros para grabar en mi mente sus facciones.

—¿Cuanto tiempo pensais, querido



VIVIENDAS EN EL CENTRO DE AFRICA

doctor, que empleareis en descubrir las fuentes del Nilo, asunto que hasta que no lo hayais dilucidado, estoy seguro os retendrá en Africa?

—Año y medio, cuando más, á contar desde el día en que salga del Ouyanyembé.

—Bien; pongamos dos años, pues ya sabeis que se debe contar con lo imprevisible. Ajustaré á vuestros hombres por este tiempo, á partir del día en que lleguen aquí.

—Perfectamente.

—Y ahora, doctor, los mejores amigos deben separarse; ya estamos bastante lé-

jos de la casa y me permitiré despediros.

—Muy bien; pero ántes dejadme decir una cosa. Habeis llevado á cabo lo que pocos hombres hubieran hecho, y mucho más que ciertos grandes viajeros. Os estoy profundamente reconocido, Dios os guie, amigo mio, y que el cielo os colme de bendiciones.

—Que él os conduzca sano y salvo á vuestro país, querido doctor.

—¡Adios doctor, querido amigo!...

—¡Adios!

—¡En marcha! ¿Por qué detenernos? Adelante y fuera' debilidad. Quiero que vean mis hombres que no me falta



energía. En cuarenta días hemos de hacer el camino en que empleamos tres meses cuando vinimos.

\*  
\*\*

Atemorizados ante la perspectiva de atravesar el Ougogo, varios Vouangouana, reunieron sus caravanas con la mía; dijéronme que llegaban otras, pero como yo había anunciado que marcharía, no quise detenerme más tiempo.

No haré aquí una minuciosa descripción del viaje, pues es conocido de mis lectores; me limitaré á dar á conocer los incidentes de más interés.

El 30 llegamos á Khouzé: el jefe cuenta con cuatro tembés, en los cuales apenas se cuentan cincuenta soldados; este potentado, segun varios habitantes de sus burgos, se disponían, á pesar de su escasa fuerza, á cerrarnos el paso, bajo pretexto de que no se contentaba con los tres dotis que le envié como tributo.

Los Vouagogo que iban en nuestra compañía se prestaron á reunirse con Bombay para discutir aquel asunto. De improviso, vimos que venían corriendo, y gritándonos: «¿Por qué deteneros? ¿Queréis morir todos? Esos paganos no quieren aceptar tan pequeño tributo, y se jactan de que se apoderarán por fuerza de todos los fardos.»

Apénas acababan de hablar, cuando ví al jefe de Khouzé que se adelantaba hacia nosotros. Creyendo que sus intenciones eran hostiles, dí á mis hombres órden de cargar sus armas y empuñando mi rifle adelantéme al encuentro del jefe. «¿Teneis intención, preguntéle, de usar de violencia para apoderaros de nuestra tela, ó consentir en recibir pacíficamente los tres dotis que os ofrezco?»

\*  
\*\*

Un muyamouezi, que era la causa de la cuestión, quiso entonces hablar; pero le cogí por la garganta, le amenacé con romperle la cabeza si no guardaba silencio, y matarle el primero, si nos obligaba á batirnos: despues le dí un empujon que le hizo rodar por el suelo. Al jefe le divertió mucho aquella escena. Poco despues quedó el asunto arreglado y nos separamos como buenos amigos.

Hasta entrar en el valle de Moukoudoukoua no comenzamos á padecer hambre y los rigores de la estación. Los torrentes arrastraban las aguas con furia, los rios presentaban inmensas olas parduzcas de irresistible fuerza.

Avanzábamos muchos días con agua hasta la cintura y varias veces hasta el cuello; pero la necesidad nos impelía, temíamos, y con fundado motivo, vernos detenidos en uno de los pueblos hasta el fin de la estación.

El 13 de abril para atravesar un torrente, poco ancho pero demasiado profundo para vadearlo, derribamos un árbol y se colocó al través de la corriente; los hombres montaron en él y fueron deslizándose, llevando delante sus cargamentos, pero sea por locura ó por exceso de celo, un aturdido, llamado Rojab, cogió la caja donde estaban los papeles del doctor, y se lanzó al rio.

Yo había pasado el primero, á fin de vigilar á los hombres, y acababa de ganar la orilla opuesta, cuando ví á Rojab en medio del agua con la preciosa caja en la cabeza. De repente se hundió en parte, faltando poco para que desapareciera en un hoyo. Apoderóse de mí la mayor angustia, y apuntando al hombre con mi revolver le grité: «¡Mucho cuidado, pues si soltais esa caja sois muerto!»

\*  
\*\*

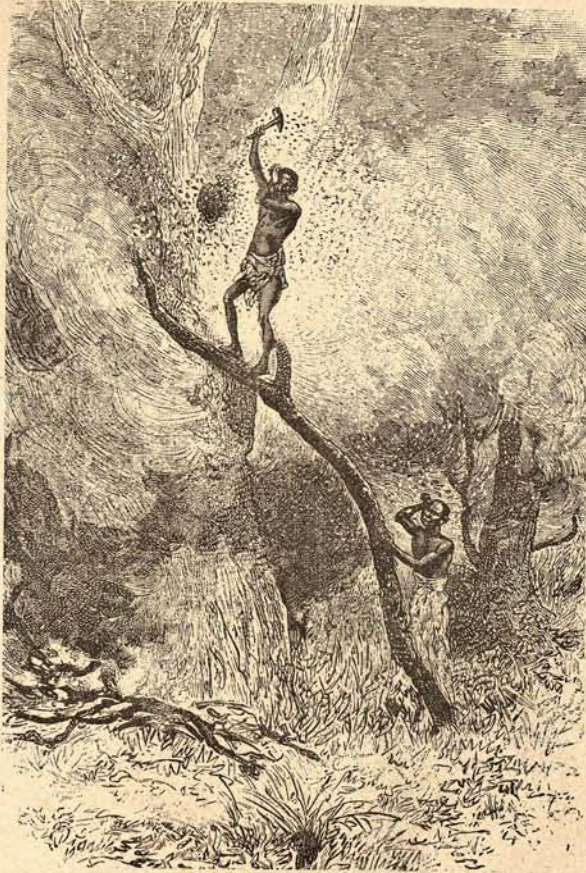


Todos los demás se detuvieron al ver á su compañero entre los dos peligros. En cuanto á Rojab, avanzaba con los ojos fijos en el revolver, y haciendo un poderoso esfuerzo alcanzó la orilla.

Como los papeles y las comunicaciones no sufrieron ningun deterioro, el im-

prudente escapó del castigo, pero le previne que no volviera á tocar la caja y se la confié á Maganga, atento y cuidadoso pagazi, de pié seguro y fiel entre todos.

El 6 de Mayo al ponerse el sol entramos en Bagamoyo. Despues de las fatigas sin cuento, de las ansiedades del viaje,



MATERIALES DE CONSTRUCCION

de las disputas con los jefes, y la marcha días enteros, por aquellos pantanos de Estinga, no podíamos ménos de creernos felices al acercarnos al término de nuestro viaje.

«¡Nuevos peregrinos en la ciudad!»

decían en Beulah. «El Mousougou ha vuelto», gritaban en Bagamoyo.

Mañana llegaremos á Zanzíbar; no veremos más, ni comeremos ni beberemos nada que repugne al estómago.

La trompa de Kuiraugozi parece que



tiene la fuerza del cuerno Astolfo: árabes indígenas nos rodean ansiosos; aquella bandera, cuyas estrellas han brillado en el Tanganika, cuya presencia prometió auxilio á Livingstone, cuando se hallaba reducido á la pobreza, ha vuelto á la costa: cierto que reaparece desgarrada en pedazos, y que diez y ocho de los hombres que á su sombra emprendieron la expedición han perecido, pero vuelve con honor.

Estamos en la ciudad. En los escalones de una gran casa veo un hombre vestido de franela y cuya cabeza está cubierta con un casquete semejante al que yo llevo; es joven, tiene patillas rojizas, un semblante expresivo y á la vez una mirada pensadora.

\*  
\*\*

Me dirijo hácia él, y sale á mi encuentro, nos estrechamos las manos y me dice enseguida:

—¿No entráis, caballero?

—No, gracias.

—¿Qué vais á tomar? ¿Quereis cerveza ó aguardiente? ¡Eh, por San Jorje! Yo os felicito y os doy el parabien que merece vuestro triunfo.

Entonces reconocí que aquel joven era inglés; por que esta es su manera de entrar en conversaci6n; pero en Africa le había sido necesario cambiar de táctica. Mas ¿cómo sabía el hecho? Ah! me olvidaba de los tres soldados que había mandado delante y que serían seguramente los que han dado noticias sobre el particular.

Con el tono vivo y ligero que por lo visto le era peculiar, díjome que se llamaba Guillermo Henu, era teniente de la marina real y jefe de la expedición que la sociedad geográfica de L6ndres enviara en busca de Livingstone. Henu ha estado para esto, primero á las órdenes del te-

niente Llewellyn S. Dawson, quien al saber que yo había encontrado al doctor, se dirigió al c6nsul para presentar su dimisi6n encargándose por lo tanto de sus funciones, el teniente Henu. Mr. Carlos New, individuo de la misi6n de Mombas, se había retirado igualmente por el mismo motivo.

—Resulta de aquí, añadió el teniente, que ahora ya no somos más que dos M. Oswaldo Livingstone, segundo hijo del Doctor, y yo.

—¿Está Oswaldo aquí? exclamé yo en el colmo de la sorpresa.

—Vais á verle: dentro de un momento va á venir.

\*  
\*\*

En aquel momento entró un joven rubio, alto y delgado, de aire muy distinguido, cútis blanco y ojos castaños y brillantes, que me presentó el teniente Henu, diciéndome «Mr. Oswaldo Livingstone.»

—Hablabas de vos, le dije y manifestaba al teniente, que cualquiera que fuese su determinaci6n, debíais ir á reuniros con vuestro padre.

—Tal es mi deseo.

—Está bien, yo os proporcionaré los conductores que el doctor necesita, así como los objetos que le hacen falta. Mis hombres seguirán sin dificultad el camino del Ouyanyembé, pues le conocen perfectamente, lo cual es ya una ventaja. Saben como deben ya conducirse con los jefes; de modo que no tendréis ya que inquietaros sobre este punto; pero será necesario que mantengais la disciplina: la gran cuesti6n es acelerar la marcha porque vuestro padre os espera.

—Si todo se reduce á esto yo sabré hacerles andar.

—No será difícil, deben llevar una car-



ga ligera, y pueden hacer largas jornadas.

Eran las dos de la madrugada cuando nos separamos, y como el teniente me había ofrecido alojamiento, aceptéle sin vacilar. Cuando me dejé caer en mi lecho, no pude ménos de exhalar un suspiro de desahogo y exclamar «¡Gracias á Dios que ha terminado la marcha.»

\*  
\* \*

El 7 de mayo, á las cinco de la tarde, arribó al puerto de Zanzibar el daou que nos conducía. Entusiasmados mis hombres al encontrarse tan cerca de sus casas, hicieron descargas numerosas, izóse la bandera americana y bien pronto vimos los muelles y los tejados de las casas cuajados de espectadores; los europeos estaban provistos de anteojos de larga vista que asestaban contra nosotros. La marcha del daou era lenta; pero á poco se destacó una barca de la orilla y salió á nuestro encuentro, trasladándonos á ella, y poco despues estrechaba la mano del capitán Webb que me recibió con el mayor entusiasmo.

Al tercer día de mi llegada licencié á mis hombres, veinte de ellos se alistaron desde luégo para servir al gran maestro, segun llamaban al doctor.

Además de su paga recibieron cada cual una gratificación de veinte á cincuenta duros, segun sus méritos respectivos.

Cuando me miré en un espejo de cuerpo entero, pude reconocer los terribles cambios que había sufrido mi persona. Estaba extremadamente flaco; mi cabello comenzaba á encanecer, y todo el mundo me aseguró que había envejecido mucho.

Despues de licenciar á mis gentes, ocupéme en organizar la caravana del doctor; los objetos que éste me había pe-

dido y que no poseía la expedición inglesa, fueron comprados con el dinero que me dió el jóven Livingstone; en sus almacénes tomé los cincuenta fusiles que se necesitaban, así como las telas que pudieran hacer falta para el camino.

Mr. Oswaldo desplegó mucho celo en todos estos preparativos secundándome con todas sus fuerzas.

\*  
\* \*

El 19 de mayo recibí una carta de él, en la que me decía que por motivos que le parecían razonados y suficientes no marcharía al Ouyanyembé; sorprendióme aquello. No me restaba más que buscar un árabe que pudiese dirigir la caravana.

Acudí como era natural al doctor Krik cónsul inglés y me dijo:

—No me pidais nada, pues me vería en la precisión de rehusar, porque no quiero esponerme de nuevo á inútiles insultos.

—¿Hablais de insultos, doctor?

—Sí.

—Puedo preguntaros en qué consisten?

—En la carta que habeis traido, me censura Livingstone, por haberle enviado esclavos que no llegaron con las mercancías hasta él.

—Está bien, le contesté, le buscaré y sólo y no dejaré la caravana en Zanzibar, me encargaré de expedirla yo mismo.

Pocas horas despues el jeque Haschid, me proporcionó un jóven cuyo aspecto no tenía nada de particular; pero me pareció honrado.

Al día siguiente reuní á todos los hombres de la caravana que pude encontrar; y como hubiera sido peligroso dejarlos vagar por la ciudad los encerré en un patio, donde permanecieron hasta el instante que los cincuenta y siete contesta-



---

ron al llamamiento; inmediatamente les mandé coger sus fardos, y nos fuimos á la playa, donde estaba el daon, allí los ví trasladarse á bordo, ví como izaban las velas y como se alejaron lentamente en dirección á Bagamoyo.

El día 29 el teniente Henu, Carlos New, Oswaldo Livingstone y yo nos trasladamos á bordo del *África*, despues de recibir los plácemes de casi toda la colonia

blanca de la isla. Nos dirigíamos hácia las Seychelles.

—

Aquí termina el viaje de Stanley en busca de Livingstone. Continuaremos insertando el Ultimo diario de Livingstone, el más interesante de todos, y que fué traído por Stanley á Europa.

---



# EL ÚLTIMO DIARIO DE LIVINGSTONE

## CAPITULO PRIMERO

### PREPARATIVOS.—PRIMERAS DIFICULTADES.

**A** sí escribía el célebre viajero las vicisitudes de su famosa exploración:

Zanzíbar, 28 de enero de 1886.—He llegado á la isla después de una travesía de 23 días, á bordo de la fragata de vapor *Thulé*, que pertenecía á la escuadra de los mares de la China, y que ofrece el gobierno de Bombay al sultán de *Zanzíbar*, habiendo sido encargado yo de la presentación de este magnífico regalo. Al honrarme con este favor, sir Bartle ha querido dar á conocer cuanto me aprecia, á fin de inducir á Seid Medjid á secundar mi empresa.

6 de febrero.—He visto al sultán, en audiencia particular, al día siguiente de mi llegada, y le he dado cuenta de la comisión de que estaba encargado para él. Se ha mostrado muy amable, y parecía sumamente contento, no sin motivo, pues la *Thulé* está equipada suntuosamente.

El cónsul lo había dispuesto todo para mi presentación oficial; pero S. A. padece mucho de la boca y no ha podido recibirme. Sin embargo, han puesto á mi disposición una de las casas que le per-

tenecen, designando un hombre que hable inglés para ocuparse de mi mesa y la de mi gente.

18 de febrero.—Todos los europeos han ido hoy á visitar á S. A., con motivo de terminarse el Ramadán. Seid Medjid me ha rogado que dé las más expresivas gracias al gobernador de Bombay por su magnífico presente; y me ha dicho que la *Thulé* estaba á mi servicio para conducirme al Rovuma cuando me conviniese marchar.

2 de marzo.—El hedor que se exhala en la playa, donde en un espacio de más de cinco kilómetros se depositan todas las inmundicias de la localidad, tiene algo de espantoso. Nadie puede gozar aquí de buena salud por mucho tiempo.

\*  
\* \*

He visitado hoy el mercado de esclavos: había unos trescientos individuos en venta, los más de ellos procedentes de Chiré y del Niyassa.

Excepto los niños, todos parecían avergonzados de su situación: les miran